



**el derecho
a ser inteligente**

Luis Alberto Machado



Seix Barral
Biblioteca Breve de Bolsillo
Libros de Enlace

LUIS ALBERTO MACHADO

EL DERECHO A SER
INTELIGENTE

1978

Bienaventurado... el que adquiere inteligencia

Libro de los Proverbios

La inteligencia es un don hereditario: así lo ha creído la humanidad a través de los tiempos.

Pero nadie ha podido presentar ni una sola prueba científica en la que se demuestre esa creencia.

Si alguien llegare a presentarla alguna vez, este libro perdería todo valor.

*

Cuando se acepta una premisa como verdadera, hay que admitir también las conclusiones que se derivan de ella.

Si se acoge la teoría de que las diferencias intelectuales entre los hombres tienen una causa genética, aquélla debe llevarse hasta sus últimas consecuencias.

Afirmamos solemnemente que todos los hombres son sustancialmente iguales.

En las Constituciones, Cartas Fundamentales y Declaraciones de Derechos Humanos se sostiene la igualdad entre los hombres, pero, al mismo tiempo, partimos de la base de que, por nacimiento, en algo tan fundamental para el desenvolvimiento del hombre como la inteligencia, somos radicalmente diferentes.

Uno de los postulados de todas las corrientes ideológicas es la lucha contra la desigualdad.

Pero si la inteligencia se encuentra previamente determinada por factores de orden natural, no tiene ningún sentido hablar de la igualdad entre los hombres.

Toda lucha por la igualdad está condenada irremisiblemente al fracaso. No somos iguales y nunca llegaríamos a serlo.

Si la inteligencia es desigual, como consecuencia, a la larga, todo lo demás se torna desigual.

Si la inteligencia de los hombres, por razones de naturaleza, es distinta, afirmar la igualdad entre ellos, aún como una meta para ser alcanzada, es pregonar algo en lo que no se cree o, si se cree, no puede realizarse, por no estar basado en las premisas que lo podrían hacer posible.

Las desigualdades de la naturaleza no podrían ser corregidas por leyes, ni proclamadas.

Sería imposible que aún las mejores intenciones prevalecieran sobre los designios de la naturaleza.

Habrían tenido razón aquellos que en todas las épocas han tratado de imponer en el mundo el gobierno de los mejores y para los mejores.

El régimen oligárquico sería el régimen ideal.

Y el que se impondría definitivamente, por corresponder a una exigencia del mismo código genético.

Si las inclinaciones de los seres humanos ya están prefijadas en el momento mismo en que cada uno es concebido en el vientre materno, ¿cuál es el campo que le queda a la libertad?

¿Puede ser libre un hombre cuya vocación está determinada previamente?

Si la inteligencia es obra de la naturaleza, ¿podemos ser realmente dueños de nuestro propio destino?

Si la inteligencia fuera innata, ningún hombre sería libre.

Si los hombres no fueran iguales, la democracia como sistema de gobierno carecería de razón de ser.

Sería un régimen que a la larga necesariamente tendría que sucumbir.

Si por naturaleza los hombres no son iguales, no tiene ninguna lógica el que sus votos valgan igual.

Si la igualdad es imposible, entonces la democracia es imposible.

Si la inteligencia es un don hereditario, el ideal democrático no es sino un sueño muy hermoso, sin otro destino final que el del archivo de la historia.

Y el sistema que se base en ese ideal, como cualquier otro, no podría servir sino para el beneficio de un grupo de privilegiados.

La democracia sin igualdad es una farsa. Una nueva forma de dictadura.

*

"Todos somos iguales" no significa que tengamos iguales organismos, ni que sean iguales tampoco los otros condicionantes de la libertad.

Pero sí tiene que significar que todos tenemos las mismas potencialidades que, a lo largo de la vida, se van encarnando en forma diferente, según la existencia de cada quien.

Si todos los hombres son hombres, sus potencialidades tienen que ser las mismas.

Si así no fuere, no podría afirmarse que existe igualdad en lo sustancial, porque esas potencialidades forman parte de lo sustancial.

Y tampoco podría enarbolarse la bandera de que todos tenemos el mismo inalienable derecho a la felicidad.

Si no somos iguales, unos tendrían derecho a ser más felices que otros; a reclamar ese derecho; y a hacer todo lo posible para que la vida social se conforme de acuerdo a lo que se requiera para satisfacerlo.

Buena parte de la ciudadela de la historia se ha construido con muros que han tenido como amalgama el sudor de esta creencia.

Siempre se ha tratado de justificar todo tipo de discriminación social con razones científicas o teológicas: es la naturaleza y no los hombres la causante de las desigualdades que justifican el sometimiento de unos a otros.

Los imperios se han fundamentado en la creencia de que hay pueblos en condiciones naturales de inferioridad.

*

En las ciencias biológicas cada vez se ve más claro que biológicamente no hay hombres superiores.

Los que han concluido en que las razas no son iguales han partido de la base de que la raza a la cual pertenecen ocupa una posición de preeminencia.

Jamás se ha podido aducir una prueba científica que demuestre que genéticamente una raza es más perfecta que otra.

Paso tras paso, la biología ha ido derrumbando los elementos en los que se ha pretendido basar todo tipo de racismo.

Una y otra vez éste ha sido condenado por la ciencia. Pero una y otra vez vuelve a surgir.

En todo hombre que se crea superior, por naturaleza, a sus congéneres, hay un racista en potencia.

Y en la ciencia de que la inteligencia está determinada por razones genéticas hay una mayor o menor dosis de racismo.

Si, desde el mismo momento de nacer, la inteligencia de los hombres y se encuentra prefijada, ¿puede afirmarse que no hay razas superiores a otras?

Si por razones genéticas hay hombres de inteligencia superior, también habrá razas de inteligencia superior.

Y si esto es cierto, nada tiene de censurable una posición dirigida a asegurar la preeminencia de una raza sobre las otras.

Al fin y al cabo esa preeminencia correspondería a una disposición de la naturaleza que, a la larga, tendría que cumplirse y cuya cabal ejecución sería más que razonable acelerar.

Si la inteligencia tiene un origen genético, la consecuencia lógica es la de que la humanidad se perjudica al reproducirse sus miembros menos inteligentes.

Con la multiplicación de los más cabalmente dotados, advendríamos al logro de una humanidad mejor.

Y ahora debemos prepararnos para combatir un tipo de racismo más peligroso que ninguno anterior; una especie de "racismo social", según el cual las diferencias sociales tienen un origen genético.

Los hijos de profesionales muestran, en números estadísticos, un grado de inteligencia mayor que el de los hijos de obreros.

La razón de esta diferencia, ¿es genética?

Si así fuere, ¿no habría que concluir en que las diferencias sociales tienen un origen biológico, trasmisible por herencia?

Según los esclavistas de todos los tiempos, es la naturaleza la que impone todo sistema de esclavos.

Estos son seres inferiores.

Y no queda sino actuar en consecuencia. Inferiores, ¿en qué?

No en la fuerza bruta.

No en la resistencia física. Inferiores, ¿en qué?

Según la versión de Platón de un texto de Homero, "Zeus les quitó la mitad de la mente a los esclavos".

Han pasado muchos siglos, pero este texto tiene vigencia todavía.

Quizá el prejuicio más peligroso es el de que la inteligencia se trasmite genéticamente.

El "innatismo" es sumamente difícil de erradicar de la mente de un hombre y de un pueblo.

Hoy como ayer las dinastías y las injusticias se "legitiman" en la herencia.

Si unos hombres fueran destinados por la naturaleza a mandar y otros a obedecer, tendríamos que conformarnos con que la esclavitud, con distintas modalidades, tuviera carácter permanente.

Y no solamente sería conveniente, sino justa.

1. Las Leyes, VI; La Odisea, XVII, 322/3.

Si es la naturaleza misma la que de antemano establece la injusticia, no se podría tildar a los hombres de injustos.

Las diferencias sociales tendrían no sólo explicación, sino plena justificación también, en los códigos genéticos.

Si la inteligencia está prefijada en los cromosomas, toda lucha por el establecimiento de la justicia social, a la postre, es poco menos que inútil.

Si las diferencias en ese orden son hereditarias, la injusticia es inevitable.

Si es la naturaleza misma la que discrimina en aspectos fundamentales de la actividad humana, como la inteligencia, y no en meros aspectos absolutamente accidentales, como el color de la piel, es imposible evitar que los hombres discriminen también.

Para que los hombres no sean discriminados por los hombres es necesario que, en las posibilidades de desarrollo de los mismos, la naturaleza no haya establecido una previa discriminación.

El poderoso lo sería por un dictado de la misma naturaleza.

E igual, el débil.

Ante semejante situación no quedaría otro camino que resignarse y no luchar.

O luchar, y frustrarse.

No habría "injusticia social", sino "injusticia natural".

Para poder combatir la injusticia es necesario que ella esté en los hombres y no en la naturaleza.

Si la naturaleza fuera reaccionaria, la batalla por el progreso de las personas y los pueblos subdesarrollados estaría irremisiblemente perdida de antemano.

Pero no lo es.

Vale la pena luchar.

*

Biológicamente el hombre es sustancialmente igual desde hace más de cuarenta mil años.

Ninguna parte del cuerpo del hombre ha experimentado, en

cientos de siglos, modificación alguna que pudiera ni remotamente explicar el progreso de la humanidad.

Al menos desde el Paleolítico superior el cerebro del hombre no ha variado.

Con el mismo cerebro, desde hace unos años el número y calidad de los hombres creativos es cada vez mayor.

¿Quién los produce? ¿Los cromosomas? ¿La educación?

El desarrollo del hombre siempre ha sido constante.

Y creciente.

No han sido factores genéticos los que lo han producido.

El cerebro del hombre es el mismo.

La vida del hombre es radicalmente distinta.

La razón del cambio no es biológica.

En la educación está la clave.

Lo que ha variado y ha hecho variar no es el cerebro, sino la educación.

El cerebro y el cuerpo del hombre se mantienen iguales, pero el hombre sigue evolucionando.

Al comienzo de la evolución todos los cambios eran biológicos.

Pero a medida que pasa el tiempo la proporción de esos cambios es cada vez más pequeña.

Mientras la evolución biológica mantiene una velocidad más o menos constante, la velocidad de la evolución del hombre es cada vez mayor.

Ahora la evolución no es obra de la naturaleza, sino del hombre.

La evolución actual del hombre es una evolución que se aprende.

Al nacer, la mente de los niños de cuarenta mil años atrás era igual a la mente de los niños de hoy.

La diferencia radica en lo que se llega a aprender.

La mente del hombre de las cavernas estaba ya capacitada para alcanzar los progresos del siglo XX.

Y los habría alcanzado, si hubiera tenido una generación anterior que le enseñara.

Al parecer, podría pensarse que cada niño que nace en algunas de las sociedades avanzadas de hoy trae consigo, por herencia biológica, una suerte de "predisposición cultural", fruto evolucionado de todos los siglos de la los siglos de historia que quedaron atrás; que cada niño del siglo XX que nace, nace como un niño del siglo XX.

Sin embargo, si a un recién nacido en Londres se le traslada a una de las tribus primitivas de Australia, para que allí sea criado y desarrolle su vida, ese niño crecerá como un primitivo.

Y un hijo de bosquimanos, de condiciones físicas normales que al nacer sea incorporado al ambiente de la cultura occidental demostrará que se encuentra en condiciones de desenvolverse como uno más de sus miembros.

En pocas horas de viaje en avión salta por encima de diez mil, veinte mil... años de historia.

Se convierte en un hombre del siglo XX al llegar al siglo XX. Nadie nace como un civilizado, ni como un primitivo.

El hijo de un hombre y una mujer civilizados nunca llegará a ser un hombre civilizado si no se le enseña.

Y el hijo de un hombre y una mujer primitivos llegará a ser un hombre civilizado si se le educa para serlo.

La diferencia entre un hombre primitivo y un hombre civilizado no es biológica, sino educacional.

No es la naturaleza la que explica la diversidad cultural entre los pueblos.

La diversidad de comportamientos y costumbres son fruto del aprendizaje.

· Ninguno de los hábitos, actitudes, usos o modos de conducta característicos de grupos humanos, razas o naciones se debe a razones de orden hereditario.

Las grandes transformaciones sociales de la historia no han obedecido a transformaciones genéticas en los pueblos en donde esas transformaciones se han producido.

Los cambios que experimenta el género humano se deben a un atributo que le es exclusivo: la educación.

La razón que determina la diferencia entre el estancamiento de las especies animales y el progreso del hombre es la de que el hombre posee la facultad de transmitir los conocimientos adquiridos de generación en generación.

Es la herencia cultural la que distancia al ser humano y la única causa que explica el desarrollo de la humanidad.

El hombre no le debe su situación actual a la naturaleza, sino a sí mismo.

El progreso del hombre es fruto de la cultura, no de la biología.

En el hombre todo es cultura. Cultura es lo que se aprende.

Y la cultura es obra de la cultura.

Al comienzo el cambio fue biológico; después, esencialmente cultural; volverá a ser biológico por obra de la cultura.

Porque a través de la cultura cambiarán las leyes de la vida.

El proceso educativo es la revolución del hombre contra la necesidad.

Es el triunfo de la cultura sobre la biología.

Todo era naturaleza. Todo será cultura.

Por obra de la cultura, la cultura y la naturaleza se fundirán en una sola realidad.

Al principio, todo fue pensamiento.

Y la naturaleza, una manifestación del pensamiento. Al final, todo será otra vez pensamiento.

*

La historia universal es la lucha del hombre por dominar la naturaleza y enseñoreada.

La naturaleza sola, sin el hombre, no tiene ningún sentido.

Ni siquiera existiría.

Existe, de hecho, para ser sometida. Y superada.

Nada se estanca.

Ni en la naturaleza, ni en la historia.

La naturaleza no es un principio estático sino una potencialidad, una posibilidad que se completa en su propia acción.

Es un ser permanente, que se desarrolla.

Y hay un factor inmutable en ese desarrollo: la necesidad del desarrollo mismo.

Cualquiera que sea el grado de la evolución, la naturaleza humana siempre tendrá exigencias constantes y la primera de ellas es la de su propio perfeccionamiento.

Hay un principio interior en el hombre - el mismo principio vital- que le impulsa hacia ello.

Para todos, el fin es el mismo.

En todos, el impulso es igual.

El hombre es una potencialidad que se va perfeccionando.

Lo único que tiene dado es la existencia.

El resto corre por su cuenta.

La vida misma es el único don. Todo lo demás es conquista.

Lo que al hombre se le ofrece son posibilidades ilimitadas, que se hacen efectivas a través del aprendizaje y la enseñanza.

Están abiertas a la vida y se realizan en la vida, de acuerdo con la vida.

*

La vida es esencialmente dinámica.

El hombre es distinto de los animales no por lo que es, sino por lo que puede llegar a ser.

No es un animal porque no quiere ser un animal.

Es el querer del hombre lo que hace al hombre.

Es lo que es por lo que él mismo es.

Y nunca estará terminado.

Sus potencialidades sólo han sido utilizadas hasta ahora en una proporción mínima, imposible de determinar con exactitud; y deben existir potencialidades que ni siquiera han sido vislumbradas todavía.

No sabemos hasta dónde puede llegar al ser humano en el camino de su desarrollo personal; sus logros posibles rebasan los límites de nuestra propia imaginación.

El hombre es un ser en desarrollo.

Un ser que se perfecciona en el tiempo.

Un ser que es, en cuanto se desarrolla para ser.

Y es, para ser más.

La vida es un llegar a ser lo que somos.

*

Aún en su realización más primitiva, el hombre es ilimitadamente superior al animal más desarrollado.

Pero la más famosa de las definiciones del hombre afirma que "el hombre es un animal racional".

Veinticinco siglos de historia han repetido esta frase como una afirmación indiscutible, utilizada por las ideologías más contrapuestas.

A materialistas y a espiritualistas complace por igual.

Se diferencian por el énfasis.

Sin embargo, los estudios que avanzan cada día a través del universo de la mente humana nos están llevando a la conclusión de que esa frase no es cierta.

Un caballo no es un vegetal con mayor autonomía.

Un árbol no es una porción de tierra con vida.

Los mismos elementos quedan radicalmente transformados.

El hombre no es un animal al que se le ha agregado la racionalidad, pero sigue siendo animal.

Al ser racional deja de ser animal.

En alguna manera, cada una de sus células está "racionalizada".

La racionalidad lo inunda, lo impregna, lo absorbe, lo transforma todo.

Y todo en él es humano.

En el hombre los instintos ya no son instintos.

Por lo demás, hay diferencias muy notables entre los científicos acerca del supuesto número de ellos y ninguno ha podido demostrar que el hombre realmente los tenga.

En todo caso, no hay instinto que, para ejercitarse, no requiera de algún tipo de aprendizaje.

Los instintos también se aprenden.

*

Lo racional no es sólo lo inteligente, sino lo inteligente en un ser libre.

La inteligencia del hombre nunca deja de ser una inteligencia libre.

En el fondo, lo que caracteriza al hombre no es la inteligencia.

Es la libertad.

Es esto lo que lo diferencia sustancialmente del animal o de la máquina.

Si el hombre no fuera libre sería uno más de ellos; con un grado mayor de inteligencia, pero uno más.

Lo exclusivo del hombre es la libertad.

Ella es su mayor valor.

La realidad que lo hace grande. Su propia esencia.

El hombre es libertad.

Es la libertad misma en la tierra. Pero nadie nace libre.

La libertad también se aprende.

El hombre es un ser para la libertad, que se hace libre.

Para ser cada vez más libre.
Es libre porque es libre para hacerse.
La libertad consiste en hacerse.

*

El primer determinismo contra el cual el hombre luchó fue el de la naturaleza externa a su propio ser.

Ahora ha llegado el momento de luchar contra el determinismo de su propia naturaleza.

El hombre no es un esclavo de sus genes.

El avance de las ciencias biológicas traerá por fruto el facilitar la liberación de la mente humana de uno de los más grandes obstáculos para el progreso, el determinismo biológico.

El hombre no es un instrumento. En ningún sentido.

El hombre no está determinado. Ni por la naturaleza;
ni por la sociedad; ni por la herencia; ni por la economía;
ni por la educación;
ni por la historia;
ni por sí mismo.

El hombre no está determinado por nada. Ni por nadie.

Ni siquiera por la Voluntad de Dios.

El mayor atentado contra la libertad del hombre proviene de la creencia de que Dios ha fijado de antemano las posibilidades de desarrollo de cada hombre.

Cuando el hombre se cree determinado por cualquier poder exterior a su propia voluntad -la Historia, el Destino, la Naturaleza, Dios...- en esa misma proporción está impedido de avanzar.

*

En la tierra es el hombre la medida de todas las cosas. Todo está dirigido al despliegue de su naturaleza.

Para lograr el cabal desarrollo de las posibilidades que ella nos ofrece, en sus relaciones consigo mismo y con los demás el hombre debe atenerse a unas normas, cuyo conjunto constituye el orden ético, que se han ido aquilatando a lo largo del tiempo y son enseñadas por unas generaciones a otras.

Existe una Ley que, si se persigue el bien individual y colectivo, no se puede evadir.

Hay principios inmutables: aquellos que son imprescindibles para el desenvolvimiento integral de la humanidad.

Este desenvolvimiento tiene unas exigencias permanentes. Y el hombre está en capacidad de conocerlas.

El hombre es el mismo en todas partes y por eso, en todas partes, más tarde o más temprano, va llegando a conclusiones semejantes acerca de los principios necesarios para lograr su desarrollo.

Los criterios acerca de lo que, en concreto, los hombres deban hacer o evitar en su vida personal y social, pueden ser distintos según el grado propio de las diversas culturas, pero en todas ellas se reconoce esta formulación inevitable: "haz el bien; evita el mal".

Pero, ¿en qué radica la diferencia entre una cosa y la otra?

En que se contribuya o no al perfeccionamiento de la naturaleza humana.

De acuerdo con ésta el hombre tiene un fin por alcanzar.

Lo que sea conveniente al logro de este fin es "el bien" que debe hacerse.

Lo que no lo sea, "el mal" que debe evitarse.

A lo largo de la vida y de la historia vamos aprendiendo lo uno y lo otro.

La naturaleza humana es el patrón fundamental de los actos humanos.

Los principios reguladores de la conducta están fundados en ella.

Pero nadie nace con esos principios.

No surgen desde dentro de nosotros por generación espontánea

Los descubrimos por medio de la inteligencia.

Mediante el uso de la razón y desde la edad en que éste es posible, el hombre va alcanzando el conocimiento de la justicia.

Este conocimiento, por tanto, no es una realidad innata en el ser humano.

Lo que es innato es la capacidad para obtener ese conocimiento.

Ningún hombre tiene impresos en la mente los fundamentos del orden moral, sino la potencialidad para llegar a ellos.

En este sentido el aprendizaje constituye un requisito imprescindible, hasta el punto de que podría afirmarse que sin algún tipo de aprendizaje nadie tendría conciencia.

*

Hoy no podemos entender cómo pudo existir la esclavitud como una institución aceptada hasta hace cien años.

Parece absurdo.

Pero así fue.

Muchos pontificaron en nombre del cristianismo al mismo tiempo que aceptaban la Esclavitud, sin tomar conciencia de que ambos conceptos eran esencialmente contrarios entre sí.

Fueron necesarios casi dos mil años para ver lo que era obvio.

Mañana tampoco se podrá entender cómo se creyó durante tantos siglos que el Dios de la igualdad había hecho a los hombres radicalmente desiguales.

Igual significa: de la misma clase o condición.

Y eso somos.

Significa también semejantes.

Y eso también somos.

Pero no significa identidad.

Cuando se postula la lucha contra la desigualdad no se pretende que todos los hombres sean idénticos, sino que, en la imprescindible y deseable diversidad, unos no sean inferiores a los otros.

La única identidad posible y deseable es la identidad de oportunidades.

Seguiremos siendo distintos, pero desarrollados, cada uno, en términos semejantes, de acuerdo con el propio ser individual.

Toda persona es un ser único cuyas exactas condiciones físicas y ambientales jamás podrán repetirse en ninguna otra.

Cada quien posee una exclusiva e ilimitada complejidad. Jamás podremos ser robotizados, simplemente porque nunca podremos ser idénticos.

Ni siquiera las hojas lo son.

Mucho menos podrían serlo los hombres. Hay hombres distintos.

Pero la naturaleza no es culpable de que unos sean inferiores a otros.

La responsabilidad hay que buscarla en ellos mismos, en quienes los educaron, en la sociedad...

En uno u otro caso: en los seres humanos,

Es la vida misma y no la biología la que produce las diferencias sociales entre los hombres.

*

El ser humano, sin ningún contacto humano desde su nacimiento, no ejercería ninguno de los atributos del ser humano.

Aún para ser hombre, el hombre requiere de los demás. Superadas las primeras etapas de su desarrollo físico y psicológico, podría permanecer fuera de la sociedad, justamente por lo que le fue dado adquirir en la vinculación con los demás seres humanos.

Para el hombre es imprescindible vivir con el hombre.

No puede ni siquiera subsistir fuera del aprendizaje que le permite la vida social.

La naturaleza le ha dado sólo capacidades: posibilidades que, en sociedad, tiene que realizar.

La vida social misma es una posibilidad que se realiza. Se realiza en un proceso que tiene que aprenderse.

El hombre no nace antisocial, ni asocial, ni siquiera social.

Nace con la potencialidad de aprender a ser sociable, es decir, con la capacidad para llegar a vivir en sociedad.

Y vive en sociedad para ser libre. Y cada vez más libre.

El sentido de la vida social es garantizarle al hombre la posibilidad de actuar libremente.

La sociedad existe para la libertad. Esta es su razón de ser.

El hombre es el origen y el fin de la sociedad.

El bien personal no puede lograrse sino a través del bien común.

Pero se busca el bien común para asegurar el bien de cada persona.

El hombre necesita la sociedad.

Pero el hombre no es para la sociedad.

La sociedad es para el hombre.

Y, además, ella no es sólo el agregado de las personas que la constituyen.

Es eso, pero fundamentalmente es también el conjunto de condiciones externas a esas personas, construidas por ellas mismas a través de sus decisiones y actuaciones de cada día.

Es el resultado de actos de inteligencia de los miembros que participan en ella.

La sociedad es un producto del hombre.

Y las estructuras sociales serán como sean los hombres.

*

La primera necesidad humana es la educación.

Por eso, en la vida social lo fundamental es aprender.

El hombre nace con la capacidad de aprenderlo todo, pero sin saber nada.

Está sujeto a lo que aprende.

Todo lo que realiza, en algún momento lo ha aprendido.

Y puede aprender a desarrollar un sinfín de potencialidades.

Para vivir tenemos que aprender a vivir.

Pero el hombre no está determinado por la enseñanza recibida.

En verdad, nada se puede enseñar; sólo se facilitan los medios para que se pueda aprender.

Por la misma razón por la que la conducta puede ser formada dentro de unos patrones determinados, puede ser reformada dentro de otros patrones diferentes.

Todo hábito puede ser transformado.

Y sustituido por un hábito contrario.

Quien puede ser educado puede ser reeducado. El niño llega a ser lo que es su educación.

Pero en la medida en que va creciendo puede dejar de ser lo que llega a ser, por obra de su propio hacerse.

Cualquiera que fuere la edad, adulto es quien puede educarse.

El hombre es lo que es su educación al comienzo de su vida, y su autoeducación, después.

Cuando el hombre se encuentra en medio, ningún proceso es irreversible.

Puede hacer y rehacer su propio destino.

*

El creer que las actitudes humanas tienen un origen genético es una posición que ofrece multitud de ventajas personales y sociales.

Por de pronto, tranquilidad, producida por el conformismo y la autojustificación.

Es fácil y cómodo a la vez desplazar hacia los genes la responsabilidad personal.

Ante el Ser Superior son posibles dos actitudes: miedo o admiración.

En la ignorancia, miedo.

En la sabiduría, atributo de la libertad, admiración.

Las responsabilidades son menores en un mundo de ignorancias colectivas.

Las obligaciones se trasladan.

¿A quién?

A un ser superior que, misteriosamente, determina el rumbo y la suerte de los hombres.

"No conozco sus causas; creo que se encuentra fuera de mi posibilidad de acción: es obra de Dios".

Es más fácil asignar, a fuerzas que no se encuentran bajo nuestro control, la razón de ser de hechos cuyas causas todavía no conocemos.

Pero cuando se conocen las causas de los acontecimientos se puede mirar hacia el futuro con mayor seguridad.

En el mundo de lo ignoto es muy difícil caminar.

Y para poder admirar es necesario no sentir miedo.

Se ha llegado a explicar la inteligencia como una situación debida a un pacto de Dios con algunos hombres y, en algunas ocasiones, a una fórmula aparentemente contraria: un pacto de algunos hombres con el Diablo, en el que se logra la pericia a cambio de la salvación.

Frente a una obra prodigiosa realizada por un ser humano, lo más fácil es explicarla como fruto de la Voluntad de Dios, que dispuso en sus inescrutables designios el nacimiento de una persona genial.

Es sumamente conveniente poder disponer de un justificativo tan poderoso, que no deja otra alternativa que la resignación.

¿Qué puede hacer el hombre ante un hecho que le viene dado y que no se encuentra al alcance de sus propias manos?

Nos hemos acostumbrado a pensar que la genialidad es un don distribuido desigualmente por Dios y del cual sólo se favorecen un número muy limitado de personas.

Y estamos contentos con ese pensamiento. No nos turba, porque no nos obliga.

No sólo es que no estamos obligados a intentar el alcance de la genialidad, sino que sería insensato siquiera procurarlo.

Primero construimos un Dios a semejanza de nuestros criterios; y después le endilgamos la responsabilidad de todo aquello que creemos no poder remediar y de mucho de lo que no queremos hacer.

Para unos, Dios es la excusa para permanecer donde están.

Para otros, una justificación para la injusticia.

La vida social no es la consecuencia de un plan previamente trazado.

Dios no es un hacedor de privilegios.

Los privilegios los construyen los hombres.

*

De acuerdo con lo que se ha considerado como una de las disposiciones de la misma naturaleza, la mujer ha sido sometida a la mayor injusticia que se haya perpetrado nunca.

La frase de Schopenhauer "la mujer es un ser de cabellos largos e ideas cortas" corresponde a uno de los basamentos esenciales sobre los que se ha construido la vida social.

A través de los siglos se creyó que la mujer, así como tenía que parir con dolor, estaba programada para el sentimiento, pero no para el pensamiento y, por ende, por debajo del hombre también en su capacidad de desarrollo intelectual.

Los mismos acontecimientos históricos parecían darle a esa creencia la más cabal confirmación: ¿Qué mujer podía compararse con Aristóteles o Kant, Copérnico o Einstein, Leonardo o Monet, Beethoven o Schönberg?

Hoy sabemos que se puede parir sin dolor y la mujer misma

ha demostrado hasta la saciedad que se encuentra tan capacitada como el hombre para descollar en cualquier actividad donde predomine la inteligencia.

¿Habría que concluir que desde hace unos decenios para acá en la naturaleza hubo un cambio de signo?

La estructura social y su propio autoconvencimiento le impidieron a la mujer descollar en igualdad de condiciones que los hombres en los frutos de la mente humana.

Así sucedió a través de las generaciones.

Y no había ninguna razón para ello.

La inteligencia de la mujer no es inferior. Y nunca lo fue.

Pero en el campo de la creación la humanidad ha venido caminando hasta ahora con una sola pierna.

Y, durante siglos, a la mujer se le cercenó la posibilidad de desenvolver un elemento fundamental de su propia personalidad.

*

Es un mito esclavizarte el postulado de que el talento es obra de la naturaleza.

Nadie está predestinado en su capacidad mental.

No sólo unos pocos nacen con la opción de ser inteligentes.

Los privilegios no se transmiten por herencia.

Se repiten por una situación social.

En consecuencia, no es posible admitir la existencia de una suerte de casta de la inteligencia, que se perpetúa a través de factores de índole genética.

*

La injusticia social es el primero de los males de cualquier sociedad.

Y ella se basa siempre en un privilegio.

Por eso, todos los privilegios son inadmisibles.

No es concebible una sociedad justa en donde ellos existan.

Privilegio es hegemonía.

Y toda hegemonía, de cualquier tipo, toda concentración de poder, es lesiva a la libertad de todos.

El esclavista nunca es libre.

Cuando un hombre es explotado, la naturaleza misma es explotada.

Y el explotador, a su vez, también es explotado por la misma explotación.

*

Hasta ahora la inteligencia ha sido un privilegio.

El último reducto de los privilegios.

La riqueza peor repartida de la tierra.

Y, a la vez, la causa y fundamento de los demás privilegios.

Toda oligarquía, a la postre, es una oligarquía intelectual.

Inteligencia es sinónimo de poder.

Meditar sobre la inteligencia es meditar sobre el poder.

El poder de la inteligencia constituye la principal fuente de opresión a través de la historia.

Lo que determina la existencia de las clases sociales -y el que los individuos pertenezcan a una u otra de ellas- es un factor de naturaleza cultural: el grado de desarrollo de la inteligencia.

Las castas, las clases, los estamentos, todo tipo de esclavitud y de servidumbre, tienen su origen en el dominio de unas inteligencias por otras.

Hoy como ayer, hay esclavos de la inteligencia.

La injusticia social es el resultado de una injusticia cultural

Mientras el talento sea usufructuado sólo por una minoría ~o podrá haber justicia en el mundo.

En el juego de la vida, la única superioridad real es la de la inteligencia.

Un hombre inteligente es muy difícil que pueda ser instrumento de nadie.

Mientras que el hombre que no se capacite siempre estará sujeto a los más capacitados.

Y el torpe siempre estaría a merced de los inteligentes. Pero ninguno ha nacido para ser dominado.

*

El dominio de unos hombres sobre otros, cualesquiera que fueran sus características, siempre ha estado fundamentado en un proceso mental.

Al principio fue un hueso de animal utilizado como arma, más tarde el hongo de una bomba; primero la posesión de un árbol, después, de un imperio; pero siempre la misma razón: el uso de un medio adecuado para el logro de un fin concebido previamente, un juego de conceptos, una elaboración mental, en suma: un proceso de la inteligencia.

Un hombre ha podido dominar a otro hombre, un grupo social ha podido imponerse sobre los demás porque han poseído algún instrumento que, en una u otra forma, los ha hecho más fuertes.

Y la razón última que nos explica la posesión de ese instrumento no la encontraremos sino dentro del hombre mismo.

Es allí donde tenemos que hurgar.

La explotación de un hombre por otro no se deberá jamás a nada externo al hombre mismo.

No es una explotación económica.

Los hombres que han sido explotados lo han sido por falta de inteligencia.

Aquí se encuentran todas las explotaciones. Esta es la real explotación.

Y no hay otra.

Si tuviéramos que dividir a la sociedad en explotadores y explotados, los explotadores serían aquellos que pueden disponer de un mayor grado de inteligencia, y explotados, los que no han podido desarrollarla.

La explotación del hombre por el hombre es la explotación de la inteligencia por la inteligencia.

Son los más inteligentes los que logran poseer los medios que permiten solidificar una posición de privilegios en la vida social, que no será erradicada hasta que no se incremente el nivel de inteligencia de la gran mayoría.

Hay que lograr que los hombres no puedan ser explotados porque en sí mismos sean lo suficientemente fuertes para poder evitar la explotación.

Hay que robustecer y solidificar al hombre como tal.

Hay que hacer que el hombre sea más hombre.

Es necesario distribuir justamente las riquezas de la tierra.

Pero la principal de esas riquezas está dentro del hombre: es su propia inteligencia.

Cuando ello se realice desaparecerá el más acendrado privilegio de las minorías y todos los otros requisitos de la justicia advendrán por añadidura.

Si terminamos con la hegemonía de la inteligencia, terminaremos también con todas las demás.

La mayor arma para equilibrar a los poderosos es un mayor número de hombres capaces.

Lo verdaderamente importante para los desposeídos es la posesión de los "medios de inteligencia".

A través de ellos se puede evitar la imposición de todo poder -público o privado- externo al hombre mismo.

Sólo con la inteligencia acabaremos con la explotación.

Con una mayor inteligencia colectiva se logrará un mundo sin privilegios.

La lucha de la inteligencia es la lucha contra el poder.

*

Hasta ahora el sistema educativo, en todos los países, se ha fundamentado en la premisa de que no es posible enseñarle inteligencia a un ser humano de una manera específica.

Y toda la estructura social está construida sobre la misma base.

De hecho, pocos son los muy inteligentes; si esta realidad se debe a razones inmodificables, es intolerable el dispendio de recursos que se realiza cuando se le ofrecen iguales facilidades educacionales a toda la población.

Para el sistema actual el grado de inteligencia de los alumnos es irremisiblemente distinto y, al mismo tiempo, se utiliza con todos ellos un modo uniforme de enseñanza, lo cual, en el supuesto de que esa presunción fuere cierta, constituiría un procedimiento absurdo.

No podría justificarse el que se efectúe el mismo gasto social en un niño que no va a poder aprovechar suficientemente la inversión, que en otro cuya alta productividad se encuentra de antemano asegurada.

Debían educarse plenamente, al fin, sólo los que nacieron para aprovechar esa educación.

*

Muy rara vez el sistema actual despierta algún tipo de inquietud y, cuando lo hace, no se encuentra en condiciones de satisfacerlo.

Hay países de una larga tradición institucional, cuyas gentes, en general, han gozado de altos niveles de vida económica y cultural, que se han visto envueltos en un torbellino de violencia y regresión; este fenómeno sorprendente puede deberse, principalmente, a que las estructuras educacionales no han logrado capacitar a los hombres para la vida a la cual tienen derecho a aspirar.

Por ser más cultos tienen más aspiraciones y quieren ser más libres.

Quieren avanzar más, pero no pueden.

Intuyen que pueden ser capaces de alcanzar estadios de realización personal mucho más importantes y no saben cómo hacerlo, ni encuentran quien se los enseñe.

Se les otorga información.

Pero quieren mucho más.
Y tienen derecho a quererlo.
Y a exigirlo.

La educación que conocemos mecaniza.
Destruye la originalidad.
Envejece.

La afirmación de que "todo niño es un genio" y el hecho de que escasos adultos lo son, hace innecesaria la búsqueda de cualquier otra prueba en contra del sistema actual; allí está su inapelable condena.

Es muy difícil que un estudiante creativo obtenga buenas calificaciones, lo que no significa, por supuesto, que la mera circunstancia de no obtenerlas demuestre alguna creatividad.

De la mayor parte de las escuelas, colegios y universidades del mundo son pocos los estudiantes que salen en posesión de una mente creativa.

Y esos pocos no son creativos por la forma en que fueron educados, sino a pesar de ella.

Si esa forma no fuera inadecuada y aún contraproducente no serían solamente pocos los beneficiados.

Cuando un estudiante no aprende, la culpa, en una u otra forma, es del sistema en el que aprende.

Todo sistema que no forme hombres inteligentes, cualesquiera que fuesen sus logros en otros aspectos, constituye un fracaso social, imposible de evadir.

Cada alumno sin la inteligencia desarrollada es una censura contra un sistema que no ha sabido educarlo.

Y sin educación no hay nada.

La primera necesidad del mundo actual es la educación.

El ignorante no come.

La ignorancia es esclavitud.

Es la educación la que nos hace libres.

Ella es el instrumento más poderoso para la igualdad entre los hombres.

Y, a la postre, el único.

Pero el sistema educativo vigente hasta ahora, consciente o inconscientemente, está al servicio de la explotación.

Hay que transformarlo de raíz.

Todo proceso educativo se dirige, en primer término, al entendimiento humano.

Lo lógico es, por tanto, procurar, ante todo, que éste se desarrolle.

Con una mayor inteligencia, evidentemente, tienen que ser Mayores los frutos de cualquier educación.

¿Puede haber entonces alguna enseñanza aún más prioritaria que la de enseñar a pensar?

La cultura es un patrimonio colectivo al cual deben y pueden Tener acceso todos los seres humanos.

Pero enriquece sólo al que, con el entendimiento, puede poseerla.

*

Cuando el cerebro se forma en el vientre materno, no hay allí ni una sola idea.

El hombre llega a la vida sin poseer ningún pensamiento y es incapaz de producirlos si no ha tenido alguna experiencia sensorial previa.

"Nada existe en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos".

Todas las ideas tienen su origen en los sentidos.

Sin ellos, el intelecto es "un papel en blanco".

Nadie comienza a pensar espontáneamente; tampoco en el mundo de las ideas surge nada por generación espontánea.

El cerebro tiene que aprender a dar significación a los estímulos que recibe.

Podría ser definido como el órgano que aprende.

Y antes de aprender no tiene ninguna inteligencia.

Sólo, una potencialidad en la que, en un principio, no hay nada sino eso: potencialidad.

Todo lo demás es adquirido.

¿Cómo podría haber una inteligencia innata, si las ideas no lo son?

Lo que es innato es la facultad, la aptitud, la capacidad que le permite a cualquier ser humano normal llegar a ser inteligente.

En el cerebro del hombre puede llegar a existir todo, pero, de antemano, de ese todo nada existe.

En ese "papel en el que no hay nada escrito" el hombre tiene capacidad de escribir.

Pero ha de aprender a escribir.

Está facultado genéticamente para hablar, pero no nace con el lenguaje, sino con la capacidad para adquirirlo.

Tiene un aparato fonético, que le permite aprender a hablar.

Educar es "sacar fuera" lo que cada persona lleva por dentro.

Y lo que se lleva por dentro no son sino posibilidades.

Cuando a una persona se le enseña a hablar no se le "sacan las palabras".

Lo que brota desde la intimidad del ser, es una facultad que, mediante la enseñanza, entra en ejercicio.

La existencia de ese cerebro se debe exclusivamente a la naturaleza.

En este orden, lo que posea un hombre normal por razones hereditarias, eso mismo lo poseen todos los hombres normales.

De allí en adelante: lo que se puede hacer con ese cerebro, eso ya es fruto de la experiencia, de la voluntad y del aprendizaje.

Heredamos la facultad de desarrollarnos, pero el desarrollo mismo es obra nuestra.

El carácter y las normas y actitudes morales no se heredan.

Los conocimientos y las ideas tampoco.

En circunstancias cada vez mejores, en cada generación es necesario empezar de nuevo.

*

La inteligencia es cultura.

Si no es innata, es una potencialidad que se desarrolla con la vida.

Y de hecho se ha desarrollado en nosotros a través de alguna forma de enseñanza y aprendizaje.

Pero sin método.

Ni programa.

Ahora bien, todo lo que puede ser aprendido así, puede ser aprendido también sistemáticamente.

La vida misma, como vida, no se puede sistematizar.

Ni se pueden sistematizar todas sus facetas individualmente consideradas.

Ni siquiera es viable determinar cuáles son todas sus facetas.

El hombre no puede ser definido en función de ninguna de sus actividades, porque el hombre no es un ser unidimensional: tiene tantas dimensiones como posibilidades.

Pero sí es posible sistematizar los procesos que se hayan desarrollado de una manera anárquica.

Aún la espontaneidad, sistematizada como tal, llegará a ser más espontánea.

Toda enseñanza es susceptible de concretarse en método.

Y, con método, cualquier proceso de aprendizaje ha de ser más efectivo.

Así todo ser humano normal -y ninguna edad está cerrada-, a través de una enseñanza sistemática, podrá ser más inteligente.

*

El que todos tengan una potencialidad semejante no significa que todos desarrollen la inteligencia por igual, debido al desenvolví-

vimiento personal de cada vida en un ambiente económico, político y cultural determinado.

Pero, en cualquier circunstancia, la torpeza es una "enfermedad" curable.

Y no estamos frente a ella como ante una situación que hay que sufrir resignadamente, sino ante un problema social contra el cual es posible luchar.

Nadie podrá llegar a ser Einstein. Es absurdo siquiera intentarlo.

Pero cualquiera puede llegar a ser él mismo.

Y no hay ninguna razón para que él mismo tenga que ser menos que Einstein.

El cerebro de Einstein es semejante al de cualquier otro hombre normal.

Einstein aprendió inteligencia al igual que una persona aprende a tocar el piano "por oído".

¿Adónde hubiera llegado Einstein -así como cualquier otro hombre- si hubiera aprendido inteligencia, sistemáticamente, a lo largo de todo el proceso de su educación?

Mediante una terapéutica adecuada, multitud de subnormales que, en un pasado no muy lejano, hubieran estado irremisiblemente condenados a una vida infrahumana, llegan a alcanzar un nivel que les permite desenvolverse, tanto en el terreno familiar como en el profesional, como seres útiles a la sociedad.

Pues bien, ¿cuánto podría lograrse si a los normales se les aplicara una "terapéutica" adecuada a su normalidad?

Los genios son pocos porque no se han generalizado los medios que le permitan a una persona llegar a serlo.

Un niño que hace decenios hubiere aprendido a leer o a dominar un instrumento musical a los tres años, se le hubiera considerado como genial; hoy vemos que cualquier niño normal es capaz de lograrlo.

Quien llega a desarrollar una inteligencia semejante a la de aquellos que hemos considerado como genios, no debe ser visto como un hombre dotado de facultades extraordinarias, que los demás hombres no poseen.

El genio no es un superhombre.

Es un hombre normal.

Los demás somos infranormales.

Estamos llamados a llegar hasta allí donde ha llegado el genio.

Y, en el futuro, aún más allá.

Lo que hoy es la excepción será la regla mañana. Lo natural es la inteligencia.

A lo que hay que buscarle explicación es a la estupidez.

Cada hombre nace en posesión de una computadora viva de ilimitadas posibilidades, pero sin un manual de instrucciones en el que se le indique cómo manejarla.

Elaborar ese manual es la tarea más importante de la ciencia actual.

¿No será una manifestación de soberbia la creencia de que no es posible incrementar la inteligencia de los hombres a un grado incomparablemente más alto que el actual?

¿Qué nos autoriza a creer que ya llegamos al óptimo rendimiento?

Con el mismo cerebro actual, ¿adónde llegaremos dentro de cien años?

¿Y dentro de mil?

¿Y cinco mil?

¿Y cincuenta mil?

Piénsese en lo que sucederá en el mundo cuando en todos los países se enseñe inteligencia metódica y sistemáticamente, a través de todo el curso del sistema educativo.

Nadie podría fijarle término al desarrollo de la mente humana: no lo tiene.

La inteligencia puede crecer ilimitadamente.

Igual que los números: siempre es posible agregar uno más.

Cuanto más inteligentes seamos, más inteligentes podremos llegar a ser.

La energía fundamental es la que puede extraerse del cerebro del hombre.

Dentro de muy poco el mundo estará inmerso en el "boom" del cerebro.

Y este siglo será conocido como el siglo en el que se produjo el estallido de la inteligencia.

*

El que la inteligencia sea una facultad que puede ser aprendida y enseñada, como lo atestiguan cada día un mayor número de investigaciones y publicaciones científicas, constituye un hecho que rebasa el punto de vista científico.

Se trata fundamentalmente de un problema de decisión política.

La enseñanza de la inteligencia es un asunto de Estado.

Igual a lo que sucede con la agresividad en el ser humano.

Si ésta es algo que la misma naturaleza nos impone a todos; si somos violentos por razones impresas en el código genético, casi nada puede llevarse a cabo para evitar esa realidad y el gobernante debe colocar su más grande apoyo en la política de seguridad y represión.

Si, por el contrario, eso no es cierto y la agresividad en el común de los hombres está determinada por motivos que no se deben a la herencia biológica, entonces la orientación del Estado debe dirigirse a robustecer lo más posible el sistema educativo.

En uno u otro caso, quiérase o no, se trata de tomar una determinación netamente política.

Y la base de esa determinación, un planteamiento científico como podría ser éste: la bonanza económica con frecuencia transforma lo que en la miseria se presenta, en poblaciones enteras, generación tras generación, como un "impulso innato de agresividad".

Todo hombre es capaz de violencia. Y también de vivir en paz.

Por naturaleza el hombre no es perverso, ni bueno. Por naturaleza el hombre es nada.

Todo es fruto de la vida, de la experiencia, de la formación, de la libertad.

La agresividad en el hombre es una consecuencia, que en nuestras manos está corregir.

No estamos condenados a la violencia.

Las causas del crimen y de la guerra no se encuentran en los genes, sino en la sociedad.

En la misma forma, si la inteligencia estuviera fijada por la naturaleza, sería muy poco lo que la sociedad podría hacer por incrementarla.

Pero si, por el contrario, se trata de una habilidad que se puede desarrollar sistemáticamente, entonces todos los sectores de la vida social están en la indelegable obligación de tomar medidas para desarrollarla.

Y los gobiernos, como gerentes del bien común, tienen en este sentido la principal responsabilidad.

También aquí un camino u otro representan una decisión política.

Y en este caso, quizá más que en ningún otro, no decidir es ya tomar una decisión.

*

El quehacer político tiene que fundamentarse en lo que el hombre realmente es.

Y esto, cada vez en mayor medida, nos lo aclara la ciencia.

De aquí el que las relaciones entre ella y la política deban ser crecientemente estrechas.

Una de las principales obligaciones del hombre de Estado es la de estar al día acerca del progreso científico.

No sólo por razón del apoyo y estímulo que debe ofrecerle, sino por algo todavía más importante: por la incidencia que lo que sucede en los laboratorios tiene en lo que puede suceder en la calle.

En prever y conducir esto último es en lo que consiste justamente la misión del gobernante.

Es imprescindible el que los políticos se acerquen a la ciencia para basar en ella los principios orientadores de la vida social.

Ninguno puede darse el lujo de ignorar los avances científicos que pueden dar luz a las diversas alternativas que se presentan día tras día ante la marcha de los pueblos.

En el futuro muy próximo no será posible la política sin la fundamental participación de las computadoras.

Hoy, el político que sólo es político, ni siquiera es político.

Es más: el principal entorpecimiento del progreso es la ignorancia de los políticos sobre los avances de la ciencia.

*

A medida que las aspiraciones humanas crecen, la paz depende cada vez más del desarrollo científico.

Cambio es sinónimo de ciencia y tecnología.

Y el destino del mundo se perfila en los gabinetes de investigación: nos encontramos creciente e indisolublemente ligados a la inventiva y creatividad de unos pocos hombres, especialmente de aquellos que se adentran en los misterios del cerebro humano.

El futuro es obra de los sabios.

*

Todos los descubrimientos científicos, en una u otra forma, repercuten en la vida social.

En sí mismos, se dirigen a la paz.

El avance de la ciencia, más tarde o más temprano, siempre redundará en beneficio de las gentes.

Y el político está obligado, por todos los medios a su alcance, a impulsar al máximo las condiciones en las que ese avance se produzca, sin delegar el ejercicio de la facultad de decidir acerca del uso y orientación social de los descubrimientos.

La mente humana, al descubrir los secretos de la naturaleza, no se equivoca.

En lo que se puede errar es en la utilización que, en decisiones de orden político, se les dé a los hallazgos.

*

En cualquier circunstancia, la ciencia y la tecnología, al igual que cualesquiera otras disciplinas, tienen que estar al servicio del hombre.

El mayor humanismo en nuestros días se encuentra en las matemáticas.

Los científicos también son artistas.

Los más grandes artistas de nuestro tiempo.

El sentido del avance científico y tecnológico es el de facilitar las condiciones en las que el hombre -cada hombre- pueda vivir mejor.

Con este fin los científicos deben adoptar hoy la medida política de presionar a los políticos.

Todos aquellos que estén de acuerdo con la afirmación de que la inteligencia puede ser enseñada tienen que tomar conciencia acerca de las consecuencias inimaginables que esa afirmación trae consigo.

Y darse cuenta de que, por encima de cualquier otra circunstancia, éste es un problema político que no se puede resolver sino políticamente.

Ojalá buena parte de ellos coordinaran esfuerzos para convencer a los hombres de Estado sobre la obligación ineludible que tienen de tomar en sus manos la responsabilidad de reformar con urgencia desde sus cimientos el sistema educativo vigente.

En cada país debe adelantarse un gran debate nacional sobre este tema.

Dentro de poco éste se convertirá en el de mayor trascendencia de cuantos puedan ser sometidos al juicio de los pueblos y frente al cual nadie podrá permanecer ajeno.

Ninguno más polémico; ni que suscite una mayor pasión.

Este será el tema de nuestro siglo.

Y, más tarde o más temprano, los gobiernos tendrán que actuar.

*

La obra fundamental del Estado es la de la educación. Gobernar es educar.

Y no puede haber una tarea más importante para un gobierno que procurar que aumente la inteligencia del pueblo.

Hoy gobernar debe ser, pues, enseñar inteligencia.

Toda la acción social debe dirigirse hacia la consecución de este objetivo prioritario: aumentar sustancialmente el cociente intelectual de los pueblos.

Si los Estados no tomaran cartas en este asunto, las clases poderosas cada vez serían más poderosas, en desmedro de las demás.

Si sólo el Estado lo hiciera en beneficio de unos pocos y sin la participación activa de todos los sectores de la sociedad, un totalitarismo cada vez más esclavizaste sería casi inevitable.

Si esta transformación se realizara en un solo país del mundo, pasado unos años ese país se convertiría en el más poderoso de la tierra, cualquiera que fuere su importancia actual.

Por sí solos los desposeídos no lograrán de una vez el acceso a los métodos que pueden permitirle a una persona desarrollar sistemáticamente su inteligencia; los prepotentes, sí.

Hay que evitar a toda costa que solamente éstos, públicos o privados, en el plano nacional e internacional, se favorezcan.

Una mayor inteligencia en manos solamente de una minoría cualquiera que ella fuere, sería el más eficaz instrumento de extorsión.

El pueblo tiene que participar en el proceso y elaboración de los frutos de la inteligencia.

El logro de esta meta debe convertirse en una empresa colectiva en cada uno de los países de la tierra, para el logro de un gran movimiento envolvente e irrefrenable a nivel universal.

Este es un problema de todos que, solidariamente, tienen que resolver entre todos.

La solidaridad es planetaria o no es nada.

*

El derecho de un hombre no termina allí donde comienza el derecho de otro hombre; allí se duplica.

Y todo hombre tiene derecho a desarrollar su propia naturaleza y, por consiguiente, derecho a exigir el acceso a los medios que sean necesarios para ese fin, de acuerdo con la Justicia, la cual consiste en aquello que, en las relaciones sociales, conviene al desarrollo integral de los hombres.

El más importante de esos medios es la inteligencia.

Cada hombre, por el mero hecho de existir, tiene derecho a ser inteligente.

Y a que se le faciliten los medios para poder llegar a ser cada vez más inteligente.

Este es un derecho que hay que reconocer y consagrar.

Pero, por encima de todo, hay que disponer lo necesario para su ejercicio.

Esta es una misión de la sociedad y una obligación primordial de sus dirigentes.

De todos ellos.

La tarea por la construcción de una sociedad nueva no puede ser llevada a cabo por una corriente ideológica determinada, cualquiera que ella fuere.

Todos los que creen en el hombre tienen algo que aportar en una lucha que, al fin y al cabo, es del hombre y para el hombre.

Ningún grupo puede proclamarse exponente de la voluntad colectiva.

Esta es demasiado trascendente para ser parcial.

Y éste es un programa tan ambicioso, que no puede ser realizado por sólo un sector de la sociedad.

Representa un compromiso ineludible para todos los que pueden influir en el destino de los pueblos.

Por esto, son los dirigentes políticos los primeros que no pueden permanecer indiferentes.

La historia no les perdonará el tiempo perdido.

Son los gobernantes los que tienen hoy en sus manos la clave de toda transformación.

La política, que no puede ser monopolio de nadie, es el paso obligado de todo cambio social.

*

El derecho a ser inteligente es un derecho inherente a todo hombre, por su condición de hombre.

Igual para todos.

Nadie lo otorga.

Nadie lo concede.

Se tiene.

Y se tiene como una prerrogativa fundamental inalienable, a la que no se puede renunciar, ni de la que se puede disponer.

Es un derecho natural que hay que hacer valer.

No un derecho nuevo: desde el comienzo de la vida consciente sobre la tierra se ha poseído.

No lo sabíamos.

Ahora podemos reclamarlo.

Y los pueblos lo van a reclamar cada día con mayor fuerza.

Y nadie lo podrá evitar.

Cuanto antes, hay que destinar el sistema educativo a la enseñanza de la inteligencia.

El día en que esto se realice se llevará a cabo la revolución más importante de la historia.

La rebelión pacífica de unos nuevos hambrientos.

*

Todo se gana en la paz.

Ni siquiera los violentos se benefician de la violencia.

Nada se gana con la guerra.

Sin discriminaciones entre guerras justas e injustas, ninguna como solución es aceptable.

Hay que combatirlas a todas.

Cada una es fundamentalmente una lucha de inteligencias, que deciden los hombres y no las armas.

Y, justamente, a través del desarrollo de la inteligencia de los pueblos, algún día ya no habrá más guerras en el mundo.

La inteligencia es su mejor antídoto.

Un mundo inteligente no hace la guerra, la evita.

Guerra y civilización, violencia e inteligencia son términos incompatibles.

La violencia, en cualquiera de sus formas, siempre será una manifestación de barbarie: entre los animales, la única ley.

Pero ninguna idea arraiga en el alma del pueblo por su intermedio.

Puede destruir las instituciones y aún sustituirlas, mas nunca nos hará libres.

La vía hacia la inteligencia es la de la inteligencia, que siempre será más fuerte que la fuerza.

La violencia no puede ser el arma de los débiles.

En una lucha donde ella impere, la victoria necesariamente corresponderá a los prepotentes.

El uso de la violencia es una flagrante injusticia en el poderoso.

Y una estupidez en el débil.

*

Toda acción que se pretenda realizar en beneficio de los explotados será inútil si ellos no tienen el desarrollo intelectual necesario para aprovecharla.

Y si la acción es violenta, a la larga contribuirá a incrementar los niveles de opresión.

Sin el incremento de la inteligencia de los desposeídos no es posible realizar una revolución.

Ni la de la inteligencia, ni ninguna otra.

Tenemos que conquistar la paz con la paz.

La libertad, por los caminos de la libertad.

No se trata de desmontar el aparato del poder para que los hombres lleguen a ser libres, sino de hacerlos libres, a través del desarrollo de su inteligencia, para que, entonces, ellos mismos desmonten el aparato del poder.

El derecho a la inteligencia, si no es reconocido, hay que conquistarlo, en una lucha sin armas y sin sangre.

No es necesaria la metralla para transformar al pueblo.

La conquista de la inteligencia es una decisión vital a favor de la paz.

No es una revuelta.

Es una Revolución.

*

La Historia es una marcha continua hacia el progreso.

Cada una de sus etapas cumple una misión.

La velocidad a la cual se vayan cubriendo dependerá fundamentalmente de los hombres a quienes les toque vivir en ellas.

Por un simple proceso evolutivo, toda idea de transformación que corresponda a una exigencia natural del hombre, algún día se lleva a la realidad.

Pero la naturaleza y la historia, dejada a sus propias fuerzas, parecen no tener prisa.

La evolución espontánea de los hechos sí se produce, pero en un plazo demasiado largo, en el que la unidad de medida puede no ser otra que la de siglos.

La humanidad ha venido avanzando poco a poco.
Constantemente ha avanzado.

Pero, ¿a qué precio, a cuál velocidad?

Cuando se medita en que el cerebro del hombre primitivo no se diferencia sustancialmente desde el punto de vista biológico del cerebro del hombre actual, no se puede menos que experimentar una sensación de agobio ante la lentitud de los cambios hacia el progreso.

No podemos esperar la evolución natural de los procesos históricos para el logro de la vigencia de la justicia.

Ese día puede tardar varios milenios.

Toda demora innecesaria en cubrir una etapa de avance en el desarrollo de la historia trae consigo consecuencias que no tienen límite en el tiempo.

Se perjudican evidentemente las generaciones que no alcanzan a gozar de los beneficios de ese avance; pero también aquellas otras que sí llegan a disfrutar de los mismos, ya que, si se hubiera llegado antes a esa etapa, tendrían acceso, para ese momento, a beneficios aún mayores.

El proceso de la evolución cultural de la historia puede ser conscientemente transformado, para impulsar el devenir, en esta etapa determinada de desarrollo del hombre.

No podemos esperar a que los hechos cambien por sí mismos.

Ni a que el hombre paulatinamente vaya cambiando.

Los cambios hay que provocarlos.

El mundo dentro de pocos años será más diferente del actual de lo que éste ha sido con respecto al de mil años atrás.

Y en nuestras manos está -mejor dicho: en nuestras mentes- el que este proceso se acelere cada vez más, sin destruir los valores fundamentales de la persona humana.

Al contrario, si hay que acelerar el cambio es para robustecerlos.

No siempre es posible avanzar a la velocidad que quisiéramos.

Pero siempre estaremos obligados a avanzar a la velocidad que podemos.

La revolución de la inteligencia se realizará indefectiblemente en todos los países del mundo.

Y, en primer término, en los brazos de las madres.

El día en que éstas se den cuenta de que son ellas mismas -y no la naturaleza- las fuentes de la inteligencia del hijo que han parido, ese día, por ese solo hecho, el mundo quedará para siempre transformado.

La revolución de la inteligencia no es un acto.

Ni siquiera una sucesión de actos.

Es un curso continuo, permanente; una serie dinámica interminable.

En verdad, comenzó el día en que apareció el primer hombre sobre la tierra.

Y no terminará sino con la Historia.

La Educación nunca se completa.

Siempre podrá concebirse un estadio todavía más justo.

Siempre es posible el cambio del pueblo, cuando se tienen los objetivos claros.

En la actualidad, si no se procura por todos los medios incrementar la inteligencia del mayor número de seres humanos, en el más breve espacio de tiempo, se estaría malgastando, de la manera más escandalosa, el más valioso de los recursos de los que se pueda disponer.

Si los hombres pueden ser más inteligentes, no podrá haber ninguna razón que valga para que no se les faciliten los instrumentos para lograrlo.

Los problemas del hombre no admiten espera cuando las soluciones son viables.

Y todo aquel que se convenza de ello, hoy o mañana se llenará de indignación ante la inercia.

El futuro no nos permite ser tímidos.

Y las generaciones por venir tendrán derecho a maldecimos si, pudiéndolo hacer, no aceleramos, a través de la inteligencia, el curso de la historia.

*

La tarea no será fácil.

Si ha habido férrea resistencia a la democratización del gobierno, mayor aún la habrá a la democratización del talento.

Durante mucho tiempo se creyó que algunos hombres nacían con la sangre azul y hoy se sigue creyendo que hay quienes nacen con el cerebro azul.

Y nada más atrayente que ser "un cerebro azul".

Se siente un aliento de íntima satisfacción personal cuando se piensa que, si se es más inteligente que el común de los seres humanos, ello se debe a haber sido escogido para ocupar un sitio reservado a pocos.

A nadie que ostente una posición de privilegio le es fácil admitir que pueda ser accidental y aleatoria.

Cuanto más si se considera que el privilegio es obra de Dios mismo.

¿Puede concebirse un monopolio más tentador que el de la inteligencia?

Será menos difícil lograr una justa distribución de los bienes materiales que de los bienes de la educación.

La sociedad está conformada en forma tal que unos pocos pueden desarrollar el pensamiento en mayor grado que otros.

Y el derecho a expresarlo sólo lo han podido ejercer hasta ahora aquellos que han desarrollado la capacidad de poderlo elaborar.

Los que todavía no lo han logrado no están en capacidad de tomar, en lo inmediato, las medidas necesarias para ello y, al mismo tiempo, a las élites, que sí podrían actuar de una vez, no les conviene que esas medidas sean puestas en obra.

Circunstancias como ésta son las que tienen que vencer todos los procesos de reivindicación social.

Pero un derecho fundamental no puede ser pospuesto por tiempo indefinido.

El problema es de tiempo, porque toda idea verdadera, más tarde o más temprano, siempre se convierte en hechos, cualquiera que fuere la resistencia que se le oponga.

Y, en todo caso, para llevar a cabo una transformación como la que se pretende, es imprescindible apoyarse en el pueblo.

A la postre esta revolución no será llevada hasta sus últimas consecuencias por las minorías: lo que ella plantea es la erradicación misma de ellas.

Cada quien podrá apoyar o combatir la marcha de esta revolución.

Pero nadie podrá permanecer indiferente.

A la vanguardia deberían colocarse los intelectuales, a pesar de lo difícil que resulta el que ellos mismos encabecen un movimiento que tendrá por resultado el que dejen de existir "los intelectuales".

Pero, por paradójico que parezca, algunos inteligentes tomarán en su esfuerzo la batalla que es necesario librar para que muchos todavía no inteligentes los igualen.

Siempre ha habido y siempre habrá hombres libres dispuestos a luchar por la libertad de los esclavos.

*

Hasta ahora un elemento básico de los cambios sociales lo ha constituido la lucha entre minorías, que han representado intereses diferentes, pero han tenido una característica común: su capacidad intelectual.

Y en todos los casos, las diferencias, concretadas en intereses, han sido de orden intelectual.

Una masa de hombres no inteligentes siempre es conducida, con aciertos o sin ellos, por una minoría inteligente.

Todo enfrentamiento social en último término es una lucha entre inteligencias en las que, tarde o temprano, los más inteligentes vencen.

El poder nace de la inteligencia, y no de la boca de un cañón.

No hay lucha de clases, porque las clases no luchan; luchan las minorías que toman para sí la representación de las clases.

Son las minorías las que han planteado y dirigido las grandes transformaciones de la historia.

Y mientras existan, las seguirán dirigiendo.

Hasta que las clases mismas desaparezcan, no por un mecanismo de igualación económica, sino de igualación mental.

*

Las relaciones económicas constituyen un condicionante fundamental en el devenir de los hechos sociales.

Todo cambio que se produzca en ellas tiene una profunda repercusión en todo el acaecer de la vida social.

Afecta aún los frutos más íntimos del espíritu humano, como la música y la poesía.

Pero, ¿cuál es el factor que produce esos cambios?

Los cambios históricos en los modos de producción y de intercambio de los bienes económicos se deben a la creación de instrumentos nuevos.

Toda transformación económica, por consiguiente, tiene su origen en la mente de un hombre.

Y aún cuando todo el sistema social dependiera de los modos de producción, éstos dependen de la técnica.

Y la técnica es un fruto de la inteligencia.

Los mecanismos del proceso de producción, por tanto, no son una causa original, sino un efecto.

La inteligencia de un hombre o de un pueblo no es un resultado de las condiciones económicas; al contrario, estas son consecuencia del nivel de desarrollo de la inteligencia.

La vida económica, y asimismo la vida política y social, se derivan de la capacidad de creación del hombre.

La Ciencia, la Política, la Economía, el Derecho... constituyen una "superestructura" determinada por el nivel y la distribución de la inteligencia colectiva.

La base de la sociedad radica en la inteligencia libre de los hombres.

Y, en sí misma, ésta tiene una dinámica propia que la convierte en el factor fundamental de las transformaciones sociales.

Aquí está la última causa humana de la historia. El motor que produce los cambios.

La historia es la marcha del desenvolvimiento de la inteligencia.

Y si la inteligencia puede incrementarse, tenemos en nuestras manos la llave de la historia.

*

Lo que caracteriza al mundo actual, lo que lo especifica como ser, lo que, en sustancia, diferenciará al siglo XX de cualquier otro tiempo pasado, es el progreso de la ciencia y la técnica.

Pero uno de los rasgos de los países subdesarrollados es el de que experimentan gran temor ante ellas.

Y no solamente en las masas, sino también -y aún fundamentalmente- en medio de las clases dirigentes.

He aquí una de las principales causas del subdesarrollo.

Tal vez se deba a que, a medida que la ciencia va alumbrando el camino del conocimiento de la vida, aumentan las responsabilidades.

El desarrollo no es el resultado de la posesión de recursos naturales de ninguna especie, ni del número de habitantes por kilómetro cuadrado.

Como lo evidencia la situación del mundo, a mayor avance científico, mayor desarrollo.

No se trata de que la ciencia y la técnica no puedan prosperar en los países subdesarrollados, sino que esos países son subdesarrollados porque allí la ciencia y la técnica no prosperan.

Éstas constituyen un requisito *sine qua non* para que un progreso permanente sea posible.

Y junto a otras manifestaciones del espíritu humano, también son parte esencial del mundo de la cultura.

Sin ellas un pueblo será subdesarrollado culturalmente, por grandes que fueren los artistas que se generen en él dentro del campo literario, plástico o musical o cualesquiera que fuesen sus acervos históricos.

Nada más humano que procurar que todos los hombres coman.

Pero esto nunca se logrará sino a través de la ciencia y la técnica.

Donde ellas no se desarrollan simplemente no habrá desarrollo.

¿Y qué son la ciencia y la técnica?

Inteligencia cristalizada.

*

Las matemáticas que se enseñan en Boston o San Francisco no son distintas a las matemáticas que se enseñan en Buenos Aires o en El Cairo.

Y la biología y la física y la química también son las mismas.

La capacidad intelectual de los alumnos es igual.

¿A qué se debe entonces el que en algunas universidades se formen multitud de hombres que contribuyen, con realizaciones perfectamente identificables, al desarrollo científico de la humanidad, al tiempo que son pocos, muy pocos, los aportes en este campo que se deben a una obra de creación realizada en cualquiera de las regiones subdesarrolladas del globo?

El poder contar con recursos económicos suficientes y grandes laboratorios facilita incuestionablemente el proceso investigativo.

Pero en estos u otros elementos de infraestructura no puede radicar la causa fundamental del avance científico y tecnológico.

Porque si nos preguntáramos, a la vez, por la razón de la existencia de ellos, nos encontraríamos con que son el fruto de un proceso creativo anterior.

Todo invento y todo descubrimiento es el resultado de la elaboración mental de un hombre o de un grupo de hombres con capacidad de crear.

Y no hay excepciones.

Esta es una realidad que no se puede evadir.

He aquí lo que realmente es esencial e insustituible: un cerebro en actividad.

Una persona que inventa o descubre. Un hombre creador.

De alguna manera, aunque incipientemente todavía, a muchos estudiantes de los países desarrollados se les ha enseñado a pensar.

Aquí está la clave. Esta es la diferencia.

*

En algunos países el subdesarrollo económico se debe al subdesarrollo político; en otros acontece exactamente lo contrario; pero en todos, tanto uno como otro son una consecuencia directa e ineludible del subdesarrollo cultural.

Esta es la razón por la que el fenómeno abarca toda la sociedad: un país subdesarrollado lo es en todos sus estratos y manifestaciones.

Cuando un Estado llega a la categoría de gran potencia ello es debido a la capacidad creativa de un buen número de hombres y mujeres que laboran en su territorio.

El Estado que posea hombres creadores advendrá al desarrollo por añadidura.

Podría medirse el grado de progreso de las naciones según el porcentaje de hombres creativos que posea en relación con el número de sus habitantes.

La única diferencia entre un país desarrollado y otro que no lo es consiste en que en el primero ese porcentaje es mayor.

El subdesarrollo radica en la mente de los hombres.

Es allí donde hay que buscar las soluciones.

Es un problema de pensamiento.

Un atraso de la inteligencia.

Subdesarrollo es subinteligencia.

El testimonio de un fracaso.

El fracaso del sistema educativo. Progreso es Educación.

Pero más educación como la actual no significa más desarrollo. Mejor formación de la inteligencia, sí.

En cada pueblo, el día de mañana depende de la educación del día de hoy.

Y nada, absolutamente nada, puede ser más importante cuando de lo que se trata es de construir el futuro de una vez.

El hambre, sin duda alguna, influye en las posibilidades de desenvolvimiento de la inteligencia de un hombre y de un pueblo.

Pero ésta no es la causa determinante de los bajísimos niveles de productividad mental de los países que no han alcanzado el desarrollo.

En ellos, los que pertenecen a las clases depauperadas no son creativos, más los que pertenecen a las clases pudientes tampoco lo son.

En cualquier circunstancia, el hambre de poblaciones enteras no constituye un problema genético, sino social.

La ciencia y la técnica nos permiten producir todos los alimentos que la población del globo puede consumir.

Las que no podrán satisfacerse nunca serán las necesidades del pensamiento.

En este orden cuanto más se posee, más se necesita. Y siempre se puede aspirar a más.

Es como un vaso que nunca se llena: a medida que se va vertiendo agua dentro de él se hace más y más grande.

El estómago tiene un límite; el pensamiento, no.

Hasta ahora el hambre era un factor dependiente en buena medida de la naturaleza.

Hoy es culpa exclusiva de los hombres.

Y cada día que pasa se hace más intolerable.

Por eso mismo, los pueblos subdesarrollados no son pueblos sin esperanzas.

Además, el daño producido en el cerebro de millones de niños que crecen en ellos puede no ser irreversible.

Los daños de la desnutrición no tienen por qué ser irreparables. En ningún continente existe una generación perdida.

*

El desarrollo de todos los pueblos es posible.

La riqueza de una nación es fruto del cerebro de sus habitantes

Y cuanto mayor sea el número de los que posean una inteligencia creativa, más rápido será el progreso de la humanidad.

Algún día no muy lejano la productividad de la tierra y de las máquinas aumentará hasta donde fuere necesario para que las necesidades materiales de toda la humanidad sean completamente saciadas y quede eliminada la miseria de toda la faz de la tierra; y ya no sea concebible en ella el imperio de la avaricia.

*

El desarrollo nunca será real mientras no sea resultado de la creciente liberación de las personas.

Mientras todas ellas no participen activamente y no sólo como simples beneficiarios- en el proceso de desarrollo, no habrá desarrollo.

Este consiste en satisfacer legítimas necesidades humanas, en cuya satisfacción se toma conciencia de que, igualmente legítimas, se tiene necesidades nuevas.

Cuanto más nos desarrollemos, más necesitaremos de la continuación e incremento del proceso de desarrollo.

El mismo produce un movimiento igualitario.

Por eso es preferible un mundo desarrollado, aunque en él no pudiéramos evitar las consecuencias de las bombas atómicas, que un mundo sin bombas y sin desarrollo.

El subdesarrollo ha matado más gentes que las bombas.

¿Cómo podemos garantizar a las futuras generaciones un mundo en paz si permitimos que los hombres sigan viviendo y muriendo en condiciones de absoluta desigualdad?

Mientras la inteligencia sea una riqueza usufructuada desigualmente y haya un solo hombre que no pueda satisfacer todas sus necesidades, no será posible la paz en la tierra.

Trabajar por la inteligencia es trabajar por la paz.

Más inteligencia es más justicia. Y justicia es paz.

*

Todo programa social dirigido a la justa distribución de las riquezas tiene que enfrentarse a la realidad de la cuantía de las riquezas que se van a distribuir.

Su aumento es, primordialmente, un problema de capacitación y tecnología.

Hay regiones del mundo que producen alimentos para abastecer a otras, mientras en ellas no desaparece el hambre.

El campesino de un país desarrollado produce veinte veces más que el de una de las naciones atrasadas de la tierra.

¿Es que aquéllos trabajan más? No; trabajan menos.

¿Es que la tierra en la que laboran es de por sí más fértil?

No; por lo general lo es menos.

La razón última del fenómeno la encontraremos siempre en la existencia de un bajo nivel de productividad.

Es un problema de competencia de las personas que participan en el esfuerzo.

La primera necesidad de los países subdesarrollados es la eficacia.

No es posible el desarrollo si no se capacita a los hombres. Productividad es sinónimo de capacidad.

Con ella terminarán multiplicándose, hasta donde fuere necesario, las fuentes de empleo.

Porque el desempleo se debe, en última instancia, a que no hay suficiente oferta de trabajo capacitado.

Los pobres del mundo no piden riquezas, sino medios para capacitarse mejor.

La miseria es el producto de una falta de formación. No hay desposeídos.

Hay subcapacitados.

Los hombres no han podido demostrar que son iguales, porque nunca les han dado iguales oportunidades.

Y éstas no existen allí donde no se les ofrece la perspectiva de afirmar y aumentar, por sí mismo, su propio ser personal.

Si realmente queremos que participen en el señalamiento del rumbo de las naciones a las cuales pertenecen, es imprescindible que se capaciten para ello.

Y la más importante capacitación que pueden recibir es la que les permite cumplir cabalmente con su condición de hombres.

La mejor manera de combatir todo poder hegemónico es aumentar el número de los hombres capaces.

La justicia social consiste en distribuir la capacidad. Y toda justicia es justicia social.

*

Las naciones más poderosas de la tierra, cualquiera que fuere su signo ideológico, han de contribuir al desarrollo de las más débiles.

Y no por filantropía o generosidad, sino por imperativo indeclinable de la justicia social internacional.

Las que se encuentran en una situación de desarrollo tienen el deber de compartir con aquellas que todavía no la han alcanzado, no sus riquezas -esto es lo menos importante-, sino los medios que les permitieron producirlas.

Estos medios son de índole intelectual.

Son aquellos mecanismos, métodos y sistemas de pensamiento a través de los cuales, no solamente unos pocos, sino todos los pueblos de la tierra, pueden desarrollar su creatividad.

Toda ayuda económica internacional está destinada al fracaso, no resuelve nada.

Con ella, por el contrario, los problemas se agravan.

Los pueblos que no han podido desarrollarse por ellos mismos deben negarse a aceptar cualquier asistencia de carácter material.

Eso no es lo que necesitan. Es más: les hace daño.

La cuestión no se resuelve ni siquiera con el pago de precios justos.

Lo que necesitan los pueblos subdesarrollados son instrumentos para lograr una mayor capacidad mental.

Y no se trata simplemente de transferir conocimientos de una región a otra, sino de que ellos se produzcan en todas las regiones.

*

El desarrollo es hoy, por encima de todo, un problema de justicia.

La inteligencia y los frutos de la inteligencia son patrimonio común de la humanidad.

Entonces no quedan más que dos caminos: o se distribuye Equitativamente entre las diversas naciones de la tierra la inteligencia que ya existe o se procura por todos los medios disponibles que se desarrolle la inteligencia en todas partes.

Para no socializarla internacionalmente, hay que difundirla.

*

No existe ningún pueblo cuya inteligencia no pueda parangonarse a la de cualquier otro.

Ninguno se encuentra incapacitado para la creatividad.

Lo que hay son pueblos que aún no han desarrollado todas sus facultades.

Pueblos que todavía no han llegado.

Cada pueblo es distinto.

Y debe sentirse orgulloso de su propia identidad.

Y mantenerla.

Más, para que esto sea posible, es imprescindible que ninguno permanezca rezagado en el plano del desarrollo del pensamiento.

Los países subcapacitados no pueden resignarse a mantenerse a la zaga en la marcha de la ciencia y la tecnología.

También en este campo, si se lo proponen, pueden competir. Lo cual significa, inevitablemente, que están en la obligación de proponérselo.

No pueden limitarse a recibir los logros alcanzados en otras regiones de la tierra, cuando están en condiciones de poder contribuir también al beneficio de todos.

De alguna manera es posible usufructuar de los avances de la ciencia, sin haber participado en su realización.

Pero debe dar vergüenza.

El desarrollo no es un elemento ajeno a los hombres. No les viene dado.

Es fruto de sus acciones de todos los días.

Son ellos quienes lo van realizando. Y nadie más.

Un hombre y un pueblo sí pueden ser dueños de su propio destino.

La comunidad de naciones no existe para resolver los problemas que no se hayan resuelto en el seno de cada nación.

Es allí donde hay que resolverlos.

Las causas del subdesarrollo de un pueblo se encuentran en él mismo.

Es su decisión y no la ajena.

Si no es capaz de desarrollarse por sí mismo, jamás se desarrollará.

No hay país en el mundo que pueda desinteresarse de la suerte de los demás.

Ni hoy, ni en el futuro, ninguno podrá aislarse.

Ni prescindir de la interrelación entre los hombres y los pueblos.

Todos son solidarios de un mismo destino.

Es necesaria la cooperación para el perfeccionamiento. Pero cooperación no significa interdependencia.

De acuerdo con ésta, todos dependen de todos.

Una realidad, pero nunca un ideal.

Nadie debe depender de nadie.

Y la situación no se remedia por la circunstancia de que todos dependan de todos.

Una cadena circular en la que cada quien es dueño de alguien y esclavo de otro, no convierte a ninguno en un hombre libre; todos siguen siendo esclavos y el conjunto es un conjunto de esclavos.

Los países tienen que complementarse sin subordinación alguna.

El asunto consiste en que ninguno necesite imprescindiblemente de los demás para poder subsistir, de acuerdo a los requerimientos de su propia especificidad.

Todo pueblo ha de tener dentro de sí lo que, en verdad, requiera para alcanzar su propio perfeccionamiento.

Un hombre es independiente cuando puede valerse por sí mismo. Un pueblo también.

*

La primera obligación de los hombres y de los pueblos es la de afirmar su propia identidad.

Y no hay identidad sin inteligencia, ni en los hombres, ni en los pueblos.

No sólo hay que tener en cuenta el propio ser de cada uno, sino que es necesario proveer los medios para que él se robustezca.

A fin de integrarse con frutos en cualquier agrupación internacional toda nación tiene antes de nada que ser ella misma.

Mucha de la riqueza que puede ofrecer proviene justamente de lo que tiene de propio y específico.

Es necesario conservar todo aquello de verdadero valor que exista en las antiguas culturas.

Pero nada, absolutamente nada, de lo que en ellas represente un atraso.

Es necesaria la independencia intelectual para alcanzar la independencia económica.

Y no será soberano, más que de palabra, aquel país que no asegure su autonomía científica y tecnológica.

Si la diferencia entre los pueblos está determinada fundamentalmente por el mayor o menor desarrollo de la inteligencia de unos y otros, ¿de qué les vale a los países subdesarrollados proceder a la nacionalización de las fuentes de sus productos de exportación, si no "nacionalizan" también su propia mente?

La dependencia científica y tecnológica es mucho más profunda que ninguna otra.

El peor de todos los colonialismos es el colonialismo cultural.

Este les da cabida a todos los demás.

Las desigualdades existentes no serán corregidas si no se corrigen las que existen entre los hombres.

Y aquellas naciones que no se decidan a transformar radicalmente sus sistemas educativos, indefectiblemente, más tarde o más temprano, terminarán siendo colonias.

Ninguno es subcapacitado porque lo colonicen.

Si lo colonizan es porque es subcapacitado.

Y puede llegar a serlo hasta un grado tal que, para tomar la decisión de dejar de ser colonia, necesite el apoyo decidido de los colonizadores.

No hay país que se encuentre sujeto a otro si, de una u otra forma, no lo desea.

No hay dependencia donde no hay una conciencia proclive a perder la libertad.

Los pueblos colonizados por la ciencia y la técnica son los responsables de su propia colonización.

Son los explotados los que producen a los explotadores.

Todo esclavo es esclavo por su propia causa.

Si no lo ha querido, al menos se ha conformado con serlo.

*

No hay pueblos a los que la naturaleza haya destinado a ser inferiores.

Pero, de hecho, los pueblos de los países subdesarrollados son inferiores.

Si esta situación fuera inmodificable, lo mejor sería reconocerlo así y actuar en consecuencia.

Pero si la naturaleza no es el árbitro del progreso y del atraso, es obligatorio no resignarse.

No se puede aceptar sin acción una realidad que puede ser transformada, si verdaderamente se quiere.

Aquí está la clave del problema: no se quiere.

Una de las características de los países subdesarrollados es la de que sus dirigentes desempeñan una función determinante en el acaecer y orientación de la vida colectiva.

Pero, ¿a cuántos de ellos, en el fondo de su pensamiento, les conviene que los países que dirigen se desarrollen?

Cuando aumente el grado de inteligencia de sus pueblos, ¿cuántos seguirán siendo dirigentes?

¿Cuántos dirigentes, maestros de la sociedad, cualquiera que sea la posición de liderazgo que ocupen, aspiran verdaderamente a ser maestros, dado que el maestro de Física ideal no es aquel que aspira a ser Einstein, sino aquel que aspira a ser maestro de Einstein?

Y si en el futuro siguen existiendo países subdesarrollados será porque ésa y no otra fue la decisión que tomaron sus dirigentes años atrás.

La posición que cada hombre adopte ante el problema de la inteligencia determina sustancialmente su actitud ante la vida.

Cuando se toma la decisión de aceptar que toda persona humana tiene derecho a ser inteligente, el enfoque de los asuntos que conforman la existencia cambia en términos más radicales de los que, a primera vista, pudiera parecer.

Ese planteamiento compromete a la familia, al Estado, a la comunidad internacional y a la misma concepción del hombre y de la historia.

En sí mismo representa toda una revolución ideológica.

Al transformar al hombre haciéndolo más inteligente, transformaremos toda la sociedad.

Las instituciones vigentes en la actualidad fueron creadas a la medida de los criterios que han prevalecido hasta ahora acerca de las posibilidades del hombre.

Si éste cambia sustancialmente, de acuerdo a su real potencialidad Interior, serán diferentes las condiciones sociales y sólo se mantendrán aquellas instituciones que respondan a valores permanentes.

Pero todas ellas habrán de ser transformadas.

Es la vida entera la que entra en juego.

Y aún las relaciones del hombre con Dios cobran nuevo sentido.

Todo ello representa una carga de muy graves peligros.

Es lo que pasa con todos los pensamientos.

Si así no fuere, no serían pensamientos.

Pero si aceptamos las premisas, no podemos retroceder frente a sus efectos.

Cuando se abraza una idea hay que abrazarla con todo lo que ella traiga consigo.

Y llevarla hasta el final.

*

Son las ideas las que transforman las condiciones de vida de los pueblos.

Detrás de cada hecho siempre hay una idea.

Y una verdad sembrada en la mente de unos hombres, tarde o temprano fructifica.

Sólo las revoluciones de las ideas son verdaderas revoluciones.

Toda confrontación histórica tiene un sustrato ideológico.

Primero cambian las ideologías.

Después, las realidades.

Una doctrina es un ser vivo, en indetenible transformación.

Si se paraliza, muere.

Y lo peor es la circunstancia de que nunca muere de una vez.

Pero a una concepción global de la sociedad sólo puede hacerse frente con otra concepción que también envuelva el problema del hombre y su destino.

Y siempre habrá ideologías.

El día en que éstas desaparezcan, habrá desaparecido el hombre.

Hoy mismo, los pueblos se encuentran a la espera de una respuesta ideológica que permita explicar la realidad actual y sirva de guía para la sociedad futura.

La vida colectiva depende de un sinnúmero de decisiones individuales que, a medida que se hacen más complejas, van requiriendo de un mayor grado de inteligencia.

Los pueblos no están satisfechos.

Y necesariamente tienen que escoger entre las alternativas que se abren frente a cada instante.

Porque, para un hombre y para un pueblo, existir es escoger.

Y ninguno puede subsistir sin un proyecto por realizar.

Si los vence la apatía, ésa ya es una escogencia.

Una escogencia fundamental: no subsistir.

Es indispensable ofrecer una fórmula nueva.

Hay que romper los moldes actuales para buscar los parámetros de la vida social, en términos de una nueva dimensión de pensamiento.

Las ideologías se han fundamentado en el hombre tal como es, para, desde esa base, proponer un modelo de la vida social.

Ahora se puede elaborar una ideología nueva sobre los cimientos de lo que el hombre puede llegar a ser.

Hoy es posible planificar consciente y humanamente la consecución de una sociedad de la inteligencia y para la inteligencia.

Y esto no es teoría, sino una realidad transformante.

Es como si se abriera, en el mismo suelo que pisamos, uno de los grandes caminos de la historia: el que lleva al desarrollo integral de la razón humana.

En la posesión de una mente más desarrollada podrán los hombres encontrar dentro de sí mismos los elementos necesarios para construir una nueva sociedad.

Lo que se construya será su propia obra.

No será una transformación dirigida con un propósito previamente determinado, sino el fruto natural y necesario de un cambio radical producido en la médula misma del hecho social: la inteligencia del hombre.

Y así la historia será cada vez más la marcha del conocimiento que la inteligencia va adquiriendo de sí misma.

*

En una sociedad en la que se haya desarrollado una mayor inteligencia colectiva será mucho mayor el número de cuestiones que se susciten, pero igualmente surgirán más rápidas y eficaces las respuestas.

El ideal no puede radicar en la existencia de una sociedad sin problemas.

A medida que se avance, éstos aparecerán en mayor número y magnitud.

Esta es una ley inevitable.

Lo importante está en poder disponer de las soluciones.

Cuanto más grandes sean los problemas, mejores Posibilidades tendremos de encontrarlas.

Y cuanto más grandes sean los esfuerzos que se requieran, mayor será la obra por realizar.

*

Una de las carencias de nuestro tiempo es la concepción generalizada de que los héroes, en cualquier campo de la actividad humana, ya no corresponden a la hora en la que vivimos.

Pensamos, al menos, que los héroes de hoy lo son en menor medida.

Sin duda alguna, hubo generaciones en el pasado que supieron responder a las exigencias que les había señalado la historia.

Pero los hombres que veneramos en nuestros panteones no estuvieron hechos de un material distinto al nuestro y ni ellos, ni su época, tienen por qué haber sido superiores a nosotros o a este tiempo que tenemos la buena ventura de vivir.

El reto hoy es aún mayor.

Y mayor es también el grado de nuestra responsabilidad. Ahora tenemos mejores condiciones para realizar el papel que nos corresponde: empujar el mundo hacia adelante, desarrollando las facultades del hombre.

*

Jamás se habían experimentado unos cambios tan radicales en los modos de vida como aquellos que hemos visto acontecer en los últimos años.

Y muchos mayores serán los que se producirán en un más corto futuro.

Las posibilidades humanas se van ampliando cada día.

Y ante los medios masivos de distribución del pensamiento, el hombre tiene que desarrollar su sentido de responsabilidad personal.

Cada vez necesita más de inteligencia.

Para progresar.

Para subsistir.

Ella es el mejor instrumento de que puede disponer para lograr el cabal desarrollo de su personalidad individual, a través de su propia superación.

En el desarrollo de la inteligencia de cada individuo encontraremos al hombre.

Al hombre capaz de romper todo cerco de aislamiento; de participar íntegramente en la vida colectiva; de establecer cada vez mayores vínculos de comunicación humana.

El problema de la inteligencia es el problema mismo del hombre.

Darle al hombre más inteligencia es darle una mayor capacidad para la vida.

Es aumentar su campo de acción.

Es ampliarle sus posibilidades de escoger.

Es conseguir que sus decisiones sean más conscientes.

Es liberarlo del destino.

Por primera vez en la historia el hombre se encuentra en capacidad no sólo de conocerse a sí mismo, sino también de transformarse a sí mismo.

Al desarrollar su inteligencia el hombre estará en condiciones de dirigir racionalmente la evolución biológica de la especie de la que forma parte y de erradicar el azar y la necesidad en todo el proceso de esa evolución.

La inteligencia es un atributo de la especie, que tiene la particularidad de poder transformar a la propia especie.

Es la vida haciendo la biología.

*

El trabajo es una manifestación de la mente humana.

Y cada hombre tiene derecho al fruto de su trabajo y a los medios que le permiten aumentar su capacidad, para que ese fruto pueda ser cada vez mayor.

A través del trabajo, y sólo a través de él, el hombre puede

lograr la satisfacción de las necesidades inherentes a su naturaleza.

De allí la necesidad de desarrollar la inteligencia para incrementar la aptitud para trabajar.

A medida que una economía se desarrolla, el trabajo en el que predomina la actividad de la mente adquiere una importancia mayor.

Y, en el futuro, con el desplazamiento del hombre por las máquinas, todo trabajo humano será un trabajo intelectual.

El proceso de crecimiento de la automatización es producto de la mente humana y realidad que obliga a una mayor perfección.

Las máquinas no deshumanizan al hombre.

Todo lo contrario: son el sustituto de la fuerza.

De alguna manera los artefactos que el hombre construye incorporan la materia inerte al propio ser biológico del hombre.

Son una prolongación de la especie humana.

Sin embargo, no es la posesión de bienes externos, cualesquiera que ellos sean, lo que puede permitirle al hombre sentirse plenamente seguro de sí mismo y actuar como un ser libre, sino su más íntima realidad personal.

Quien sabe que es inteligente y que cada día puede serlo más, cada día irá adquiriendo mayor conciencia de ser libre.

Por eso, en un mundo en el que se desarrolle la inteligencia, no será imprescindible, como lo es hoy, poseer un patrimonio para poseer seguridad.

La mayor fuerza económica reside en la mente de los hombres. La propiedad de cualquier riqueza material externa al individuo tendrá cada vez menor importancia.

Vamos hacia la total decadencia del poder de los propietarios. Aquello de lo que el hombre realmente es dueño es de su condición humana y, dentro de ella y como elemento fundamental, de su inteligencia.

Sólo sus pensamientos libres le pertenecen realmente.

La inteligencia es el medio de producción más importante que existe.

Y a la postre, el único de verdadero valor.

Cuando se distribuya equitativamente la inteligencia entre los hombres y se evite con ello toda concentración de poder, ¿qué podrán significar los títulos de propiedad sobre los otros medios de producción?

Y cuando, por obra de una mayor inteligencia colectiva, los bienes materiales ya no sean escasos, nadie estará en disposición de librar batallas por la propiedad.

Ni por conservarla.

Ni por obtenerla.

Porque todos podrán ser propietarios.

Pero ninguno tendrá verdadero interés en serlo.

*

En la actualidad el Estado tiene que intervenir para evitar la explotación de los débiles por los fuertes.

Pero el Estado a su vez es uno de los fuertes.

El más fuerte entre los fuertes.

Teóricamente, el Estado podría evitar la explotación por parte de los otros, pero ¿cómo impedir la suya propia, cuando cualquier gobernante de la actualidad es mucho más poderoso que Luis XIV?

Y para ese Estado un hombre inteligente es un hombre sospechoso.

Si el poder político, económico, social, científico, técnico o cultural se concentra en pocas manos, bien sean ellas públicas o particulares, la libertad no podrá ser una realidad en la vida de los hombres.

Ante esta situación, que cada día se hace más grave, y muy distantes ya los tiempos de Montesquieu, es imprescindible dividir el poder otra vez, para que surja un nuevo poder: el poder de los hombres.

La intervención del Estado llega hasta donde la capacidad de éstos lo permita.

Los excesos del Poder sólo son posibles porque aquellos sobre quienes se ejerce son débiles.

Y cuanto más débiles sean, más poderoso será el Estado.

No es posible romper esta cadena en el eslabón de la fuerza.

Es necesario fortalecer la debilidad.

La única manera de contrarrestar el creciente poder leviatánico del Estado e impedir el progresivo aplastamiento y absorción de los individuos bajo el engranaje de las estructuras sociales, es fortaleciendo a éstos con los instrumentos necesarios para garantizar su autonomía y desarrollo.

Sólo se puede luchar contra la fuerza del Estado con el arma de la fuerza intelectual de los ciudadanos.

A medida que ellos desarrollen su inteligencia el poder coercitivo de la autoridad será cada vez menos necesario.

A mayor inteligencia, menor poder estatal.

Hasta que no haya ningún poder omnímodo del cual dependa la suerte de los hombres.

Y advenga necesariamente la muerte del Estado.

Y éste sea sustituido por una organización social que promueva, coordine y dirija algunas de las acciones externas de los miembros de la comunidad.

Ninguna de las maneras a través de las cuales esa organización pueda realizarse será definitiva: en una sociedad en la que, a medida que el tiempo transcurra, se vaya manifestando una mayor inteligencia general, sucesivamente aparecerán fórmulas nuevas.

¿No ha sido la concepción de una sociedad sin Estado un ideal que ha surgido, una y otra vez, a lo largo de la historia del género humano?

En un futuro impredecible, mas no por eso menos cierto, será posible realizar ese ideal.

Y no a través de la destrucción por la violencia, ni de la dictadura de un Estado aún más poderoso, sino del enaltecimiento y desarrollo de los hombres.

El imperio de la razón sólo es posible entre seres que se encuentren en capacidad de entenderla.

No hay moral sin inteligencia. Ni inteligencia sin moral.

No se puede amar sino lo que se ha conocido a través del entendimiento.

Con una mayor inteligencia se podrá lograr un más cabal sentido del deber.

Y siempre la actitud más inteligente será la de ser honesto.

*

No hay otro proyecto humano de vida social sino el que gire alrededor del hombre.

Es inútil pretender la transformación de la sociedad si no se transforman los hombres que la constituyen.

No podemos esperar a que la sociedad cambie para cambiar al hombre.

Cambiamos al hombre y así cambiará la sociedad.

Se trata de desplazar la lucha de lo accidental y transitorio a lo que es verdaderamente importante: la condición humana.

De que el hombre no solamente tenga más, sino que sea más.

Es una revolución dentro del hombre.

Es hacer que el hombre sea más hombre.

Es la revolución del hombre.

Para hacer posible la democracia.

La democracia ha sido un ideal que, cabalmente, no se ha realizado nunca.

Ella exige un desarrollo en el ser humano que no hemos alcanzado todavía.

Se necesita "un hombre democrático".

Y éste no sólo es aquel que fervientemente desea la democracia, sino quien ha generado dentro de sí las facultades que se requieren para vivirla.

Y, mientras ese hombre no se forme, seguirán apareciendo aquí y allá procedimientos de fuerza y dictadura.

La democracia no puede perdurar sino en la medida en que procure a los ciudadanos una verdadera posibilidad de desarrollo personal.

Y cuanto mayor sea el grado de la inteligencia colectiva, más intenso será en los hechos el ejercicio de la democracia.

*

Sin pueblo no hay democracia.

Y si la democracia es el gobierno del pueblo, es necesario que éste se encuentre cada vez en mayor capacidad de ejercerlo.

Esta es la obra impostergable de la educación.

Todo nuevo orden social y político tiene que basarse en ella.

Sin desarrollo intelectual, el pueblo también es reaccionario.

Y un gobierno que no eduque al pueblo no es un gobierno democrático, aunque haya sido elegido por el pueblo.

Al aumentar, a través de la educación, la inteligencia de los hombres, ya no será posible la exacerbación y manejo de sus sentimientos.

Se erradicará todo tipo de tiranía y de instrumentalización a través de los recursos de la demagogia.

Los hombres ya no serán subyugados por la lujuria del poder.

En una vida comunitaria sustancialmente enriquecida, podrán ser cada vez más capaces de gobernarse ellos mismos.

*

El ideal democrático se basa en que todos los hombres nacen con iguales derechos.

Es necesario llevar esta premisa hasta sus últimas consecuencias. La igualdad de derecho no tiene sentido, si no se reconoce, ante todo, el derecho que tenemos a ser iguales.

Tenemos iguales derechos porque somos iguales.

La democracia no es, en sí misma, el menos malo de los sistemas. Es el mejor en términos absolutos.

Y así concebido, tendrá cada día mayor vigencia en el mundo.

*

El ideal más importante de la historia ha sido el de la libertad, aunque ella constituya una carga que no todos los hombres se encuentren en condiciones de soportar.

La libertad es una sola.

Y debe ser asegurada desde todos los flancos de la acción colectiva.

En primer lugar, el de las garantías de orden político.

El esfuerzo por solidificarlas habrá de convertirse en indeleble cariz de nuestro tiempo.

Y del que se comienza a construir.

Igualmente imprescindible es la libertad económica.

Ella misma exige, en las circunstancias actuales y a no ser que lo que se busque sea la ventaja y el predominio del más fuerte, la intervención del Estado en la vida social.

Solamente será posible prescindir de esa intervención cuando todos los que participan en el proceso de la producción de riqueza puedan concurrir con capacidades semejantes.

Entonces, y sólo entonces, podrá concebirse la actividad económica sujeta a una mínima reglamentación por parte de la sociedad.

Cuando pueda obtener de sí mismo su máximo valor, el hombre podrá disfrutar de una libertad personal que abarcará todas las libertades.

*

Cada uno tiene el derecho de ser libre.

Y el derecho a ser más libre.

Cuando se exige el respeto a la libertad del hombre se entiende por ello el que se le permita el ejercicio de la libertad que posee.

Pero eso no es suficiente.

La libertad hay que incrementarla.

La persona humana puede ser más y más libre, a medida que ha perfeccionado, por sí misma, su propio ser, a través de la actualización progresiva de sus facultades.

¿De qué vale el que se reconozca la libertad de pensamiento, si no se le dan a las personas las facilidades requeridas para que puedan desarrollar su capacidad de producir pensamientos propios?

La libertad de pensamiento debe significar, ante todo, la posibilidad de pensar, con una inteligencia crecientemente preparada para la libertad.

Lo único necesario es la libertad.

Todo lo tenemos si nos queda la libertad.

*

La inteligencia es un instrumento de la libertad. Serlo es su misma razón de ser.

Pero es un instrumento absolutamente necesario: sin inteligencia nadie puede ser libre.

Y un hombre y un pueblo más inteligentes serán un hombre y un pueblo más libres.

Y, por fuerza, más justos.

Una derivación inmediata del goce colectivo de una auténtica libertad es el establecimiento de un régimen de justicia.

Al mismo tiempo, el primer objetivo de la justicia es el de que los hombres sean más hombres.

Y, para ello, hombres libres.

Justicia sin libertad no es justicia, al igual que libertad sin justicia no es libertad.

Ésta es un requisito imprescindible del desarrollo y la única justificación del mismo.

Toda la historia de los hombres es la de un largo proceso en el que se van haciendo dueños de sus propias vidas, por medio de una lucha ininterrumpida por la libertad.

Hoy esta lucha está más vigente que nunca.

Y, a medida que pasen los años, lo estará aún más.

Algún día, los que, en nombre del pueblo, negaron las libertades, volverán a enarbolarlas.

Ésta será la batalla de nuestro tiempo. Hasta sus últimas consecuencias.

Es en la libertad donde habrá de fundamentarse el orden social por venir.

Para que un hombre pueda gozar de libertad es imprescindible que cada hombre goce de libertad.

Nadie es libre cuando todos no son libres.

*

La verdad tiene un valor en sí misma. Y al hombre le es posible alcanzarla.

Pero ninguna verdad en el pensamiento de alguien se encuentra desprovista de pasión.

Nadie se motiva por un concepto abstracto como la perpetuación de la especie, sino por la perpetuación de sí misma.

Y así se perpetúa la especie.

Y este anhelo, además de ser perfectamente legítimo, es hermoso.

Pues bien, no podría encontrarse una tarea más apasionante que la de concebir y programar las estructuras de un mundo en el que los hombres hayan desarrollado las potencialidades de su inteligencia.

He aquí una idea fértil que se ofrece al ardor de los espíritus jóvenes.

Un incentivo para la imaginación.

Una fórmula para lograr el cambio.

Una bandera revolucionaria para todos los que luchan por un mundo nuevo.

Pero ninguna idea será capaz de transformar el mundo, si no es convertida en su propia carne por el pueblo.

Es necesario tener confianza en el pueblo. El último juez es el pueblo.

*

La inteligencia libre de cada hombre es también imagen y semejanza de la inteligencia de Dios.

Y a medida que esa inteligencia se desarrolle, esta imagen y semejanza será cada vez mayor, sin que nadie pueda fijar un límite.

Dioses de creación humana es factible que se inflamen de ira al contemplar el progreso de los pueblos.

Y con un dios celoso del auge de la humanidad no tendríamos otra alternativa que rebelarnos y luchar.

Tenemos que iniciar de nuevo la aventura de Prometeo, en la seguridad de que los cuervos no devorarán las entrañas de aquellos que le entreguen el fuego a los hombres.

*

El avance creciente acelerado de la humanidad a través de la historia nos hace ver que, en todos los órdenes, no hay término para las posibilidades de transformación.

A través del avance de la ciencia el ámbito de lo imposible se va restringiendo cada vez más.

Y si algo es cierto en teoría tiene que serlo también en la práctica.

De lo contrario, ni siquiera es cierto en teoría. No hay límite para los sueños del hombre.

Ni el más grande de ellos se acerca siquiera a la vida.

Los hechos siempre han ido más allá de la más fértil de las concepciones del futuro.

Nunca llegaremos a imaginar algo tan fantástico como la misma realidad.

La realidad es revolucionaria.

Es lo más revolucionario que existe.

*

Una sociedad libre en la que se viva en libertad ha sido el objetivo final de todas las ideologías.

Ese ideal no tiene por qué seguir siendo una ilusión inalcanzable.

Nada tan arduo como el establecimiento de una sociedad en la que imperen los principios que conforman el cristianismo.

Y son muchos los que luchan por lograrlo.

Y esa lucha no es inútil.

Si lo fuera, no tendría sentido.

No son ilusos los que creen en la posibilidad de la paz en la tierra.

Y si la prédica del amor al prójimo -amigos y enemigos- no es ilusoria, nada de lo que se pregone en la tierra puede llegar a serlo.

Desarrollar, consciente y coordinadamente, la inteligencia de los hombres en todas las naciones de la tierra es lograr que los derechos que en las Proclamas se reconocen a todos sean realmente ejercidos por todos.

Es llevar a la realidad aquellos postulados -patrimonio común de todas las declaraciones políticas, cualquiera que fuere su orientación- en los que, de una u otra forma, se reconoce el derecho al desarrollo de la personalidad.

Es lograr que necesaria, pero espontáneamente, surja el "hombre nuevo" que, por tantos caminos sin destino, hemos buscado.

Es concretar los sueños por una sociedad más justa, que han despertado a la conciencia de los pueblos.

Es avanzar sustancialmente hacia la meta universal de la hermandad entre los hombres.

Y ésta no será sino una etapa para el logro de sucesivas metas de superación.

*

Nada en la tierra es definitivo.

Hay que revisar, una y otra vez, todo lo que se da por sentado.

Esta es la única manera de avanzar.

Hay que destruir todos los mitos que, como pesada carga, hemos recibido a través de las generaciones.

El pasado como pasado no tiene por qué ser censurable. Pero sí lo es cuando se convierte en presente.

Solamente hay un equilibrio válido: el de la transformación.

Nada que sea estático en la vida social puede convenir al progreso del hombre.

Por imperativo de su propia inteligencia éste nunca se queda donde está.

Su mismo desenvolvimiento exige el cambio.

No podemos reproducir la misma vida cada día.

La dinámica de la historia no se detendrá nunca.

Y la historia ha tomado partido a favor del hombre.

*

Lo que mueve a los pueblos es la esperanza.

Toda utopía, cualquiera que ella sea, siempre tendrá quien la siga. Y de lo que más necesita el mundo es de formidables utopías. Todas las que se han concebido hasta ahora han dejado de tener vigencia, no porque hayan propuesto metas imposibles de lograr, sino porque han sido alcanzadas y superadas por la realidad.

La concepción propuesta en este libro es utópica.

Y algún día también perderá todo valor: será dejada atrás por la marcha de la historia.

La chispa del genio existe en el cerebro del hombre verdaderamente creativo, desde la hora justa de su nacimiento. El verdadero genio es siempre innato y nunca cultivado.

Adolfo Hitler

¡Abajo la inteligencia! Viva la muerte

Gral. Millán Astray

*

El hombre no tiene naturaleza, sino historia.

José Ortega y Gasset

La diversidad de los hombres viene de la cultura, no de la naturaleza. Al nivel de los instintos y de los mecanismos psicofisiológicos somos básicamente todos iguales.

Arturo Uslar Pietri

*

Los caracteres biológicos y psicológicos de la especie humana han cambiado muy poco en el transcurso de los últimos mil siglos.

René Dubos

Las funciones de órganos tales como el corazón están determinadas genéticamente. Esos órganos están preparados para comenzar a funcionar desde el momento del nacimiento, no dependen de los estímulos ambientales y no requieren aprendizaje. Las actividades mentales tienen características exactamente contrarias y el desarrollo del substrato funcional de la mente depende esencialmente de factores extragenéticos .. La estructura anatómica del cerebro no ha evolucionado perceptiblemente en los milenios que constituyen la historia del hombre; lo que ha cambiado es la cantidad de información que recibe el cerebro y la educación recibida para elaborar esta información. Las diferencias principales entre el hombre de las cavernas y el científico moderno no son genéticas, sino ambientales y culturales.

José M. R. Delgado

En el momento de la concepción la capacidad intelectual de todos los individuos es análoga. La experiencia de la vida y el medio sociocultural, al influir en las funciones biológicas y psicológicas, son los factores que hacen a los seres humanos muy diferentes entre sí.

B. Pasamanik

Los hombres sin cultura... serían monstruosidades con algunos instintos útiles, pocos sentimientos identificables y ninguna inteligencia.

C. Geertz

El pensar no se desarrolla espontáneamente como expresión de capacidades innatas, sino que es el resultado final de un largo proceso de aprendizaje.

H. F. Harlow

No existe ninguna razón para que no podamos enseñar a un hombre a pensar.

B. F. Skinner

El primer deber de un hombre es pensar por sí mismo.

José Martí

El primer deber de un Gobierno es dar educación al Pueblo.

Simón Bolívar

Hacer don de la cultura es hacer don de la sed. El resto vendrá como consecuencia.

Saint - Exupéry

Necesitamos descubrir nuevas energías, no sólo en la naturaleza, sino también en el hombre.

Rafael Caldera

La imaginación al poder.

París, mayo de 1968

La imaginación no es un don, sino el objeto de conquista por excelencia.

André Breton

Me cautivan más los sueños del futuro que la historia del pasado.

Thomas Jefferson